



ANTOLOGÍA DE CUENTOS

PROGRAMA ACERCA 2022

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

BIBLIOTECA DEL CFCE ANTIGUA



© AECID, 2022

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO (AECID)

Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala

Dirección del Centro: Jesús Molina Vázquez

PUBLICACIÓN

Edición: Víctor Muñoz

Diseño editorial: Biblioteca del Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala.

Coordinadora general: María Cristina Vásquez Cifuentes

Dirección de Biblioteca: Mariajosé Salazar Meza

Diagramación: María del Rosario González Zetina

© **De los textos:** sus autores

Autores: Pedro Samayoa Arenales, María Elizabeth Gaytán Silva, Luis Edwin Omar Sandoval, Carla Angélica Natareno Letona, Claudia María Ortiz Paredes, Héctor Wilfredo Chunuj Hernández, Tania Hernández, Ana Isabel Muyschondt Andreu, Gabriela Raquel Campos, Mayra Vargas, Boris MacDonald Barrios, René Francisco Andrade, Julissa Carrillo, Lucía Lucrecia Culum Ixcayá, Carmelita Gómez Bravo, Rosa María Romero de la Cruz, Carolina Benavides Sánchez, Amilkar Jaldin Rojas, María Fernanda Tapia Izquierdo, Rodrigo Tisnés, Sonia Amalia Vargas.

Esta publicación ha sido posible gracias al financiamiento de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

La AECID no comparte necesariamente las opiniones y los juicios expuestos en este documento, cuya responsabilidad corresponde únicamente a las y los autores.



ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

ÍNDICE



4 Prefacio

6 Prólogo

8 Guatemala

9 — Pedro Samayoa Arenales

15 — María Elizabeth Gaytán Silva

20 — Luis Edwin Omar Sandoval (Leo Sam)

25 — Carla Angélica Natareno Letona

32 — Claudia María Ortiz Paredes

37 — Héctor Wilfredo Chunuj Hernández

42 — Tania Hernández

46 — Ana Isabel Muyschondt Andreu

54 — Gabriela Raquel Campos

59 — Mayra Vargas

67 — Boris MacDonald Barrios

71 — René Francisco Andrade

81 — Julissa Carrillo

86 — Lucía Lucrecia Culum Ixcayá

90 México

91 — Carmelita Gómez Bravo

96 — Rosa María Romero de la Cruz

101 Colombia

102 — Carolina Benavides Sánchez

110 Bolivia

111 — Amilkar Jaldin Rojas

116 — María Fernanda Tapia Izquierdo

128 Uruguay

129 — Rodrigo Tisnés

136 Argentina

137 — Sonia Amalia Vargas

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

PREFACIO

La presente antología, es una recopilación de cuentos de los participantes como producto final del Taller de escritura creativa, impartido por la Biblioteca del Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala, en el marco del Programa ACERCA de la Cooperación Española, moderado por el escritor guatemalteco, Víctor Muñoz.

El Programa ACERCA de Capacitación para el Desarrollo en el Sector Cultural tiene su origen en 2005. Este programa tiene como principal objetivo impulsar procesos de formación y capacitación de recursos humanos en el sector cultural, como parte de la contribución al desarrollo sostenible y bienestar colectivo. Las actividades que se desarrollan en el marco del Programa ACERCA se orientan en la Agenda 2030 y sus 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).

El objetivo general del Taller de escritura creativa es adquirir y desarrollar las herramientas y capacidades para la escritura del cuento. Entre sus objetivos específicos se encuentran: conocer los elementos básicos de la literatura y profundizar sobre la teoría del cuento y sus características; entender los distintos procesos creativos en la escritura del cuento; y finalmente, por medio de la creación de la Antología de cuentos demostrar los conocimientos adquiridos, empleando las técnicas aprendidas en el taller.

El taller se centra en alcanzar y profundizar el Objetivo al Desarrollo Número 4: que estipula: “Garantizar una educación inclusiva, equitativa y de calidad y promover oportunidades de aprendizaje durante toda la vida para todos”.

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

Los cuentos, integrados en esta antología, gozan de la diversidad de los autores de diferentes países, escritores con diferentes formas de plasmar lo que sienten y piensan, por medio de la publicación pudieron reforzar sus conocimientos que poseían sobre literatura y explorar los distintos procesos creativos de la escritura de cuento.

Todo esto aunado con el fin que los lectores de esta antología puedan darse cuenta sobre las distintas formas de escribir cuentos de forma creativa, muchos de ellos narraciones reales, otros con argumentos sencillos buscando despertar la reacción emocional del lector.



ÍND

GUA

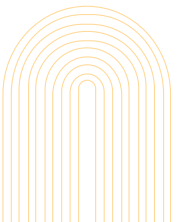
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



PRÓLOGO

Nada tan promisorio como un libro nuevo; y si es de cuentos, mejor; y si es de cuentos escritos por gente nueva, mucho mejor. Toda una revelación.

Al hablar de gente nueva debo aclarar que me estoy refiriendo a gente que, o nunca ha publicado nada, o lo ha hecho muy poco.

Desde hace ya varios años he servido Talleres de Creación y de Redacción. Y han sido tantas las personas a quienes he llegado a conocer de manera fugaz, que eso, aunado a mi muy mala retentiva para los nombres y las fisonomías de las personas, me ha provocado caer en situaciones algunas veces incómodas; sin embargo, siempre me va quedando en la memoria una que otra persona en la que encuentro verdadero talento; y es más, he llegado a utilizar los trabajos de estos escritores noveles para los nuevos talleres, algunos muy bien escritos, otros no tanto; pero, al fin y al cabo, lo que interesa es el germen.

Ahora bien, ¿qué se puede hacer para que siga escribiendo alguien que tiene talento? ¿A dónde se le puede enviar para que desarrolle su genio? ¿Qué buena orientación o qué buena idea se le puede dar, como no sea la de participar en certámenes literarios? Es claro que la cultura no es una de las prioridades de nuestros gobiernos. Y no me estoy refiriendo al de mi país, específicamente.

Nuestra gente talentosa debiera migrar, debiera irse a alguna otra parte en donde sea reconocido y apreciado el talento. Pero, ¿a dónde?

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

Este libro contiene los trabajos que fueron presentados por los participantes del Taller de Escritura Creativa, promovido y convocado por el Centro de Formación de la Cooperación Española en La Antigua Guatemala. La sorpresa, inesperada y un tanto perturbadora, fue saber que estaría participando gente de países fuera del mío. La tecnología facilita las cosas y permite llevar a cabo este tipo de eventos, impensables hace apenas pocos años.

Luego de las presentaciones y de los saludos de todos hacia todos, uno se va dando cuenta de que Hispanoamérica nos resulta más familiar y común de lo que cualquiera puede imaginar. Los mismos sueños, las mismas ilusiones y los mismos problemas. Y sin embargo seguimos caminando, creando nuevos mundos, soñando sueños que nos son familiares y luchando por expresar nuestros ideales y nuestras creencias.

Cuando uno sirve este tipo de eventos espera encontrar una que otra sorpresa. Estoy seguro de que todo lector avezado las encontrará, las apreciará y si no tiene prejuicios vanos, sabrá reconocer que en este muestrario hay un emporio de talentos.

Víctor Muñoz

Agosto 2022

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



GUATEMALA



Pedro Samayoa Arenales

María Elizabeth Gaytán Silva

Luis Edwin Omar Sandoval (Leo Sam)

Carla Angélica Natareno Letona

Claudia María Ortiz Paredes

Héctor Wilfredo Chunuj Hernández

Tania Hernández

Ana Isabel Muyshondt Andreu

Gabriela Raquel Campos

Mayra Vargas

Boris MacDonald Barrios

René Francisco Andrade

Julissa Carrillo

Lucía Lucrecia Culum Ixcayá

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Pedro Samayoa Arenales (Guatemala, 1955)

Nacido en Guatemala hace 67 años, en el sexto mes, día Imox para más señas. Lector y escritor, fotógrafo, musicólogo activo, montañista en receso, trekkie y fanático de la ciencia ficción. Consultor en psicopedagogía, educación especial y educación inclusiva. Maestro de vocación y bachiller circunstancial. Psicólogo clínico titulado. Psicopedagogo. Educador especial de formación, con experiencia de 40 años en el terreno como maestro. Fundador y director de proyectos educativos alternativos. Colaborador en las revistas digitales: gAZeta.gt, Espejo Humeante, Letras en Directo, Exocerebros y Relatto.com.



La Cueva de El Cadejo



La Cueva de El Cadejo, gAZeta

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

EL MUSEO DE LA MEMORIA

Las palabras no pueden transmitir el sufrimiento.

*Las palabras no pueden evitar que este horror
vuelva a repetirse.*

Más allá de las palabras está la experiencia.

Más allá de la experiencia yace la verdad.

Hagan suya esta verdad.

El monumento, Star Trek Voyager, T6:EI 4

2 ^{265...}

Sobre una gran puerta de un tono tan oscuro que se siente envolvente, invasivo, penetrante, de un material indefinido y frío al tacto, se lee «*O vos, qui intratis, omni spe auferte*». Si se observa con cuidado, abajo de la inscripción principal también puede leerse: «Solo quien ha vivido con honor podrá traspasar el umbral con esperanza».

Adentro, dentro de una atmósfera lúgubre, en pequeños cubículos iluminados apenas por lámparas de aceite, se observan figuras, siluetas de seres, muchos de ellos humanoides, aunque también otros con formas irreconocibles, como si la naturaleza hubiera perdido la cordura en el momento de crearlos. El opresivo silencio se interrumpe con exclamaciones de sorpresa, admiración o terror. Se escuchan sollozos apagados. Empujado por la curiosidad quise acercarme, pero una especie de pared invisible me impedía avanzar, y atrás sentía una fuerza que me empujaba a seguir adelante.

Recorrimos así largos corredores en penumbra, en donde se repetían las mismas imágenes difuminadas por la iluminación. Al ver hacia adelante parecían pequeños fuegos de un campamento, distribuidos en un gran valle oscuro.

En algún momento del recorrido no pude evitar recordar a un poeta romántico italiano que escuché en otra experiencia.

Llegamos a lo que parecía una gran sala de conferencias, con cómodas butacas distribuidas hasta donde la iluminación permitía percibir.

El estimulador neural instalado en mi nuca emite una pequeña vibración y de inmediato la oscuridad desaparece. Me encuentro en medio de un paraje selvático y húmedo. Una explosión ensordecedora y un golpe de calor me invaden y de inmediato me veo encendido como una antorcha, invadido por un olor a combustible quemado que penetra por todos mis poros, al tiempo de que siento un dolor en todo mi cuerpo: estoy envuelto en llamas y con la ropa fundida en la piel. El calor insoportable reverbera en todos mis órganos y empiezo a

sentir cómo algo crece dentro de mí, algo que explotará en cualquier momento terminando con la agonía del fuego. Todo ocurre en pocos segundos.

Cuando estoy a punto de desmayarme, de pronto todo el escenario cambia. El dolor y las llamas desaparecen y me encuentro en una especie de bodega, rodeado de gente desnuda, de rostros demacrados y sucios. Oigo llantos, pero principalmente murmullos y palabras aisladas: “comida, té, viaje”. El lugar sigue llenándose de gente hasta que no queda espacio y nuestros cuerpos llegan a estar pegados unos a otros. Me satura el olor y el calor que emanan los angustiados seres dentro del salón. Alguien me susurra al oído: “tranquilo, todo pasará”, y al instante escucho un siseo sordo que viene de las paredes. Percibo un olor acre, seco y mis pulmones se detienen, como si hubieran desaparecido. Lucho por respirar, pero siento un dolor insoportable. Abro la boca para buscar aire y se me llena instantáneamente de llagas. En medio de la agonía veo caer, una tras otra, a las personas que me acompañan... Negro. Flotando en el vacío.

Aún afectado por la vívida sensación de la horripilante experiencia, estoy en la fila con algunas de las personas de la bodega, a las que reconozco, todas con lágrimas en los ojos y visiblemente descompuestas.

Se abre la puerta y una ráfaga de aire fresco me golpea el rostro y seca la humedad de mis ojos, mientras escucho por el implante auditivo:

—Usted ha participado en una experiencia inmersiva del Museo de la Memoria, que recoge la historia de los habitantes del tercer planeta del sistema solar Épsilon IV. Por los

efectos traumáticos de la experiencia hoy, solamente le han sido habilitados dos eventos: un bombardeo de napalm en la guerra de Vietnam y una cámara de gas en el campo de concentración de Dachau. Diríjase a su consejera asignada para la reunión de descarga.

Me quedan tres meses de entrenamiento para la misión al tercer planeta y cada vez me pregunto si vale la pena tanto recurso y tiempo que los operadores gastan en este proyecto.

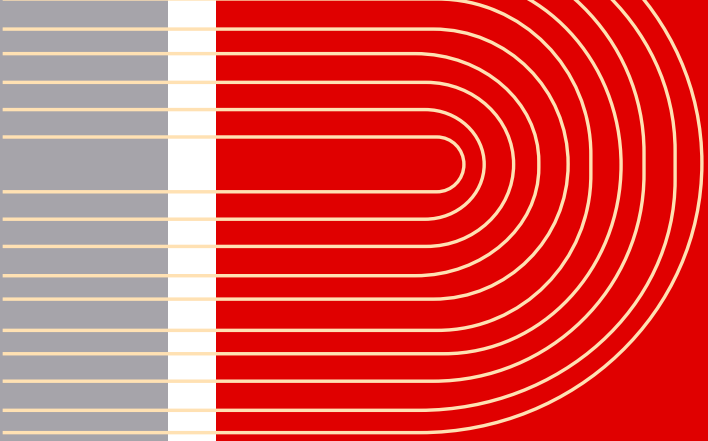
Dos mil ciento sesenta horas después, Xuan había experimentado en El Museo de la Memoria, lo mejor y lo peor de la historia del tercer planeta de ese sistema solar: Hiroshima y Nagasaki, el Holocausto, Vietnam, Ixil, Mozart y Bach, Da Vinci y Rafael, *Something* de Harrison y el Aleluya de Cohen, pandemias y revoluciones, glorias y desastres. Ha llorado y gozado.

Xuan estaba listo para la misión. O eso creía.

Su designación oficial para la misión es William y espera la frecuencia correcta para su extracción en caso de emergencia.

Han pasado ochenta y siete mil seiscientas horas. William/Xuan se acerca, frenético, al que cree su contacto, un hombre que sale de una estación de radio. Acosado por la desesperación le pregunta acerca de la frecuencia y agradece al desprevenido locutor ante la respuesta negativa. Mucho después, en su cama del hospital psiquiátrico escucha ecos distorsionados de una canción de R.E.M: *Whats the frequency, ¿Kenneth?*

¡Tardaste mucho Kenneth! ¡Sácame de este manicomio!



Pedro Samayoa Arenales

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



María Elizabeth Gaytán Silva (Guatemala, 1967)

Nació en Antigua Guatemala el 12 de junio de 1,967. Antropóloga graduada en Indiana State University, USA. Ha dedicado la mayor parte de su vida profesional a la enseñanza del idioma inglés en diferentes instituciones educativas. Actualmente trabaja de forma independiente, impartiendo clases de inglés y español. Formó parte de la Orquestina Mercedaria (1978 - 1985). Ganadora del primer lugar en el Certamen de Cuento 2003, del Hospital Nacional de La Antigua Guatemala, en el marco del Día de la No Violencia contra la Mujer. Participó en la elaboración de crucigramas para la Revista Voz Católica (2011 - 2015).

ÍND

GUA

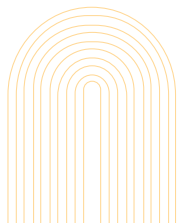
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



¿QUÉ PASÓ CON EL RELOJ?

Todos los días la gente del pueblo despertaba acompañada del “din, dan” de la campana del reloj, que desde la vieja torre sonaba a cada hora para marcar el ritmo de la vida de sus habitantes.

Al pasar frente a la torre todos saludaban, muy felices, al amigo que día a día se encargaba de organizarles la vida.

-Buenos días señor reloj -decía el cartero al pasar con el correo.

-Gracias por darme la hora, amigo reloj -decía el panadero, cada vez que pasaba a entregar el pan.

En coro, los niños que iban a la escuela saludaban:

-Buenos días reloj, gracias por enseñarnos a ser puntuales.

En fin, cada uno de los habitantes del pueblo saludaba alegremente al reloj de la vieja torre.

Sin embargo, llegó un tiempo en que los problemas cotidianos y la rutina se apoderaron de aquel pueblo alegre. Poco a poco fueron olvidándose de aquel que les despertaba cada mañana y marcaba con su “din, dan”, el ritmo de su vida. La gente empezó a pasar frente a la vieja torre ignorando por completo al reloj. Este les saludaba con su alegre “din, dan”, pero todos seguían su camino sin siquiera alzar la vista hacia él, entonces el reloj se puso muy triste y una mañana decidió seguir durmiendo y no volver a dar la hora nunca más.

-No me necesitan -pensó-. Ni siquiera lo notarán.

Ese día fue un total desastre. Los niños llegaron tarde a la escuela. La leche llegó a las casas casi a medio día. La misa empezó una hora más tarde de lo acostumbrado. El pan de la mañana fue repartido a la hora del almuerzo y el de la tarde hasta bien entrada la noche. El cartero empezó tardísimo a repartir las cartas, y en fin, fue un alboroto total.

Todos en el pueblo se enojaron mucho contra el reloj de la vieja torre y fueron a reclamarle, pero el reloj no respondía. Le profirieron toda clase de insultos, pero este se tapaba las orejas, se acomodaba en su cama y no hacía caso, a pesar del tumulto de gente que estaba reunida al pie de la torre.

Después de varios días de caos, un niño decidió escalar la vieja torre y así saber qué le había pasado al reloj. Lo encontró durmiendo. Se acercó, lo despertó y le dijo:

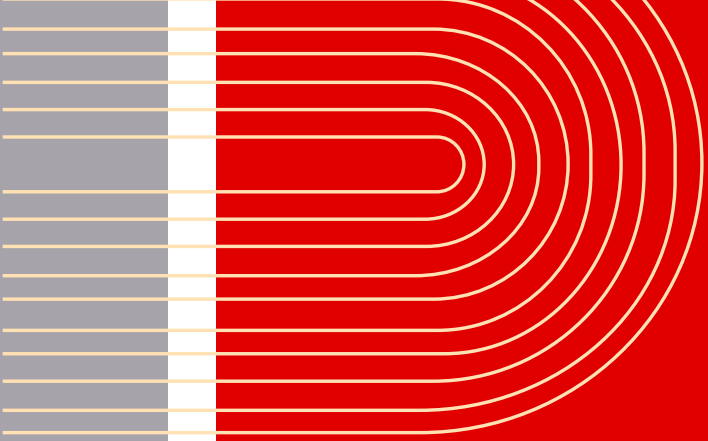
-¡Eres un holgazán! Estás aquí, plácidamente durmiendo mientras todo en el pueblo es un caos total por no saber qué hora es.

El reloj miró fijamente al niño y le dijo:

-No soy un holgazán. Simplemente estoy cansado de ser ignorado. Me he dado cuenta de que a ustedes no les importo. Pasan al pie de la torre y ni siquiera se fijan que estoy aquí. Ya no me saludan como antes.

El niño se sorprendió al escuchar esas palabras y comprendió lo que el reloj sentía. Pensó en lo triste que él se hubiera sentido de haber sido ignorado; entonces, en nombre del pueblo le ofreció disculpas al reloj y le pidió que volviera a su trabajo; le prometió que nunca más se iban a olvidar de él, y que si lo hacían, el reloj dejaría de dar la hora para siempre.

El reloj accedió, y desde aquel día todo volvió a la normalidad. Todas las actividades se llevaban a cabo en el momento indicado y la gente fue feliz. Todos los habitantes se saludaban entre sí, se ayudaban, no se dejaban llevar por la rutina y sobre todo, nunca más se olvidaron de saludar y agradecer al amigo que marcaba el ritmo de sus vidas.



FIN



María Elizabeth Gaytán Silva

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Luis Edwin Omar Sandoval (Leo Sam)
(Guatemala, 1955)

Médico de profesión y aficionado a la escritura. Ha publicado algunos textos poéticos y narrativos. Es el actual presidente de la Asociación de Médicos Escritores de Guatemala (AME), y miembro del Centro Pen, Capítulo Guatemala

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

EL RETRATO

Treinta años, dicen. Si muestro buena conducta me abreviarán la pena. Es cierto que fue una estupidez haber matado al jefe. Él era una buena persona y se estaba pudriendo en dinero, y yo, un simple empleado, ganando una miseria. Yo sabía muy bien en dónde guardaba la caja chica con el efectivo; además, por ser su hombre de confianza tenía la llave de su oficina. El día de pago, después de recibir el magro cheque, mientras me echaba las chelas con mis amigos en un antro, me puse a pensar en mi hija de ocho años, que está al cuidado de su mamá. Luego de separarnos con mi mujer se acordó que la patoja se fuera con la nana y que yo podría visitarla un fin de semana al mes, pero la verdad, no me cuadró la idea. No le tengo tanto amor. No me siento su padre, aunque lo sea. El día anterior la mujer me había pedido dinero para el tratamiento médico de la niña. Dice que tiene leucemia. No sé exactamente qué es eso, pero parece que es muy malo. Me dijo que necesitaba dinero para las primeras quimioterapias porque en el hospital no se las pueden dar. Entonces pensé: ahí está el dinero en esa caja chica. Ese día no se había utilizado, por lo que estaba todo el pisto ahí. Dentro de la bolsa de mi pantalón, en la billetera llevo la

foto de mi hija. La verdad es que sí le tengo cariño. Eso de que no le tengo amor son puras babosadas que digo a veces para no sentir nostalgia. Y ahora eso de la leucemia... Saqué ese retrato de mi hija que llevo en la billetera y la vi. No pude evitar llorar.

Cuando entré a la oficina esperaba encontrarla vacía. No era la hora usual en la que estaría trabajando el jefe, pero tuvo la desdicha de estar ahí. Como dice la gente: "en el lugar equivocado y a la hora equivocada". ¡Entregame todo el dinero de la caja chica, hijoeputa!, le dije, mientras blandía el cuchillo que relumbraba con la luz del sol que se filtraba por la ventana. Para no ser reconocido me había puesto el gorro pasamontañas, pero por el tono de mi voz, el jefe me reconoció y no tuve otra opción que matarlo. Me llevé la caja chica. Al llegar a mi apartamento, un mugroso cuarto por ahí por la diez y siete calle de la zona uno, la abrí. El dinero se lo di personalmente a la mamá de la niña. Espero que con eso se puedan pagar las quimioterapias.

Fue el hermano del jefe quien me descubrió. Ayudó a la gente del Ministerio Público a que me capturaran por ser el primer sospechoso. Y aquí estoy, preso. Treinta largos años dicen que van a ser, pero ayer me dijeron mis compañeros de celda que el nuevo Presidente de la República entró con mano dura y ha presionado al poder judicial para que reactive la pena de muerte. Dicen que es un hecho y que yo seré el primero. El hermano del jefe tiene mucho poder y dinero y puede presionar también.

Hoy fui conducido a la oficina del Alcaide. Ahí estaba el director de presidios, quien al verme me dijo: Tu sentencia es la pena de muerte. La familia de tu jefe ha presionado, el Ministerio Público la ha confirmado y esa ha sido la sentencia dictada por el juez que lleva el

caso. La saña con la que mataste a tu víctima y el hecho de que eras su hombre de confianza son los agravantes. Tu ejecución con la inyección letal está para finales de año.

La mamá de mi hija me escribió una carta. Hoy la recibí. Me dice que con las quimioterapias que costeó, con el dinero que le di, la niña ha superado la leucemia. Eso me alegra mucho. Imagino el líquido del medicamento pasando por una de sus venas y destruyendo ese cáncer. En unos meses yo también recibiré un líquido que entrará por mi vena y paralizará mi corazón. Es justo. El día que esté muriendo, mientras fluya gota a gota el líquido letal, pensaré en Marianita, mi hija de ocho años y miraré por última vez su retrato. Ese será el último pensamiento que tendré, antes de que mi corazón se detenga y el médico certifique que ya estoy muerto.

ÍND

GUA

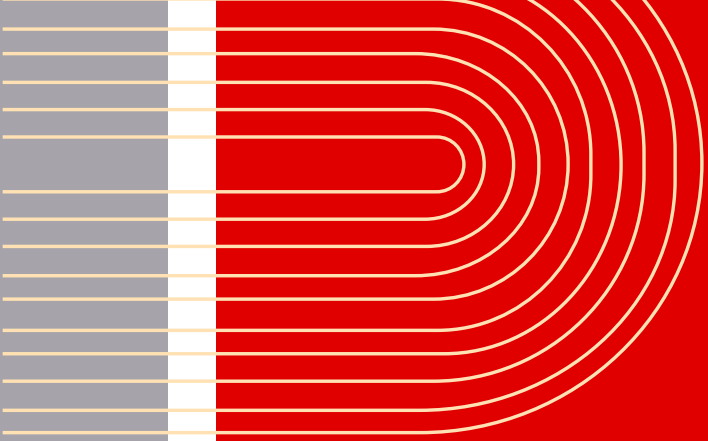
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



FIN



Luis Edwin Omar Sandoval (Leo Sam)

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Carla Angélica Natareno Letona (Guatemala, 1980)

Licenciada en Ciencias de la Comunicación, con especialización en Literatura y Filosofía, por la Universidad Rafael Landívar en Guatemala. Ha trabajado como gestora cultural en diversos proyectos, especializándose en temas de literatura. Trabajó como periodista cultural en el periódico Siglo 21 (2008 - 2011), también fue parte del equipo de investigación del reportaje “No fue el fuego” de la Agencia Ocote (2021). Coordinó la Biblioteca de la Fundación Paiz (2014 - 2021). En el 2019 y 2020 dio cátedras en la Universidad Autónoma de México (UNAM). Gestora cultural y catedrática de literatura en diversos centros culturales como el Fondo de Cultura Económica y Sophos. (2020-2022).

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

ÁCIDO ACETILSALICILICO 500 GRAMOS

Sandra toca, con timidez, la puerta del departamento de Camila, pero al no obtener respuesta, la fuerza de su puño aumenta sobre la madera. Después de sentir que transcurre una eternidad, pero en realidad solo han pasado pocos minutos, busca en su bolso la llave que Camila le dejó para emergencias.

Al abrir la puerta observa las lámparas encendidas, desde el equipo de sonido se escucha una canción de Amy Winehouse. El gato se lame una pata mientras recibe la luz de la ventana.

Camila está tendida en el suelo, Sandra se acerca a ella sacudiéndola y llamándola de manera desesperada. Está muerta, se dice, sintiendo una extraña emoción en el estómago.

Tres horas antes Camila estaba en su casa, viendo transcurrir un aburrido y cotidiano domingo. El mismo dolor de cabeza que sentía desde hacía un par de días crecía. El malestar aumentaba de tal manera que todos los músculos de su cara se tensaron, arrugándose

para expresar el suplicio. Quiso tomar el frasco de aspirinas, pero la dolencia se intensificó demasiado y cayó al suelo, muriendo al instante.

Cuarenta y cinco minutos antes de morir se dirigió a la cocina para prepararse algo de comer, tomar la cuarta aspirina del día y así aliviar el dolor de cabeza, pero al igual que la primera, ésta viajó a la mano izquierda, exactamente al hueso carpiano para calmar el dolor de reuma que el frío le causaba.

Un día antes cenaba con su familia en un acto completamente protocolario. Sólo eso. Para ella era un circo de ridícula cordialidad.

Su familia estaba integrada por su mamá y dos hermanas y con ellas no tenía problema, el problema lo tenía con los cuñados. Uno se creía poderoso porque manejaba una moto *Harley Davidson*, con toda la indumentaria y el ruido del escape. El otro era profesor de un colegio donde llevaba el programa de la banda musical de la secundaria y se creía casi dios, pero en realidad era un patético músico frustrado con cara de depravado sexual. Tan solo verlo le daba asco.

El único motivo que tenía para asistir a esas cenas familiares era su mamá, que fantaseaba con la idea de tener una familia unida, pero ella experimentaba una verdadera tortura en cada una de las visitas porque siempre surgía el mismo reproche: Camila, ¿por qué no formas una familia? Ella miraba a sus cuñados y entendía por qué no lo hacía.

Siempre explicaba, al borde de la impaciencia, que ella no era una mujer para el matrimonio, le resultaba imposible acceder a ese compromiso tan absurdo. Sin embargo; con

su asistencia a las reuniones familiares mostraba más amor del que creía ofrecer. Antes de tocar la puerta e ingresar al circo familiar tomaba su tercera aspirina del día para aliviar el dolor de cabeza.

Cinco horas atrás había maldecido al escuchar diversos tipos de tonalidades de bocinas al estar atrapada en el tráfico, mientras observaba cómo la ciudad era un caos: personas subiendo y bajando de las camionetas, desesperadas por llegar a su destino; niños pobres pidiendo limosna y recibiendo indiferencia; los policías de tránsito, hartos de su trabajo y todos los conductores haciendo lo que querían en las calles. Se sintió miserable y pensó: me siento tan agotada de esto, estoy realmente harta de todo, incluso de mí misma.

Media hora antes descansaba sobre el sofá de la sala, sentada frente al televisor, cambiando canales, sabiendo que no encontraría nada interesante en la programación de cable. Empezó a percibir la soledad y el aburrimiento. Sintió una profunda confusión, estaba aburrida por sentirse sola, pero no quería estar con su familia.

Apagó el televisor y el silencio llenó la habitación. Analizó el hecho de cómo a sus 40 años estaba sola, sin un compañero. No tenía el gusto de sentir a alguien a su lado. El amor le resultaba algo muy complicado, así que decidió abandonarlo y entregarse a relaciones simples que otorgan más placer que compañía, menos trabajo y nada de compromiso.

Una hora antes había entrado a su casa y se dirigió al baño, a buscar una aspirina porque le dolía la cabeza. Se mojó el rostro, salió del baño, observó la sala y se preguntó: ¿ahora qué hago? Se vio detenidamente en el espejo y no entendió cómo había llegado a los 40 años sin

haberlo notado, no sabía contabilizar qué hizo con cuatro décadas encima. Simplemente no entendía por qué no se podía vivir sin envejecer.

Una noche antes reía a carcajadas con sus amigas en un bar en el centro de la ciudad. Con cierta cantidad de cervezas encima, la risa llegaba a ellas de una manera espontánea.

Julio entró al bar y de inmediato llamó la atención de Camila. Ella lo saludó con la mano, retomando de inmediato la conversación con sus amigas, se reprochó por no poder romper su timidez y tener otro tipo de contacto con Julio, que resultaba ser un hombre que tenía el poder de conmoverla y excitarla. Ella sabía que si hubiera tenido un poco más de valor para acercarse a él, podía lograr una relación de verdadera camaradería, pero cree que no soportaría nuevamente el mal amor de un buen hombre.

Treinta y cinco minutos antes había sentido dolor de cabeza y le pidió al mesero una aspirina, la que tomó junto con la cerveza, pensando que el dolor desaparecería de esa manera.

La aspirina, al entrar al cuerpo encuentra tantos lugares deteriorados que no sabe a dónde dirigirse, desorientada se asoma a cada pesadumbre para detectar el más fuerte y al detenerse se dice: ¿para qué me necesita?, en realidad yo no le puedo curar ese dolor de cabeza, mucho menos quitarle el dolor del corazón, Camila está tan triste...está enferma de todos lados.

La aspirina aún viaja por el esófago, y antes de llegar al diafragma salta hacia el brazo y se deja deslizar por el húmero, pasa por el cúbito y una vibración acompaña su viaje al aterrizar en el carpiano, donde se disuelve en el hueso para aliviar un dolor de reuma.

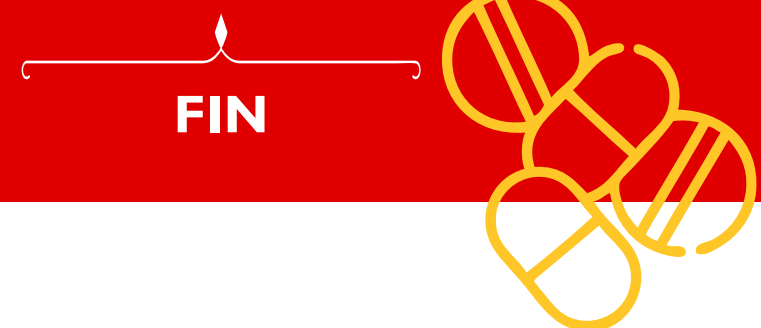
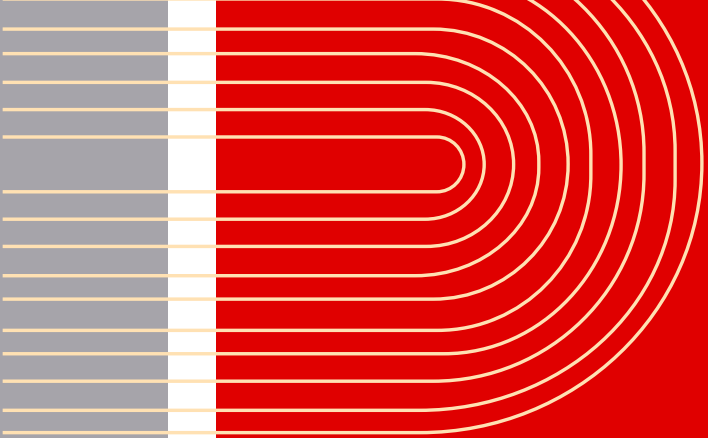
Un cuarto de hora antes había doblado la esquina de la cuadra para llegar al bar *De Siempre*. Entró y el olor de la comida la reconfortó. Vio a sus compañeras, se dirigió a la mesa y se acomodó en la silla mientras colgaba su abrigo en el respaldo.

—¿Qué le sirvo? —le pregunta el mesero.

—Lo de siempre.

Lo de siempre: una cerveza fría y un plato de palmitos con jamón.

Tres minutos antes, frente al bar, un niño indigente espanta una mariposa negra con un trapo mugroso.



Carla Angélica Natareno Letona

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Claudia María Ortiz Paredes

(Guatemala, 1974)

Arquitecta y escritora guatemalteca. Publicó cuentos cortos en la Sección Cultural de Prensa Libre. Fue editora y directora de la revista “Gulaj” de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Rafael Landívar. Ha recibido talleres de escritura con Raúl de la Horra, Eduardo Villalobos, Víctor Muñoz, Gloria Hernández, Ligia García y García y Francisco Alejandro Méndez. Es miembro fundador del Colectivo Cuentistas de Guatemala, con quienes ha publicado dos libros.



[@cuentistasdeguatemala](#)

ÍND

GUA

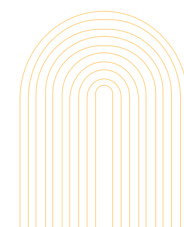
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



LA MANO DERECHA

Me presentaste con naturalidad, como a alguien que no conoce la historia, así fue como su mano izquierda se extendió para saludar.

Era mi primer día de trabajo. Hacía mucho tiempo que no era la nueva persona, un recién llegado, la esperanza del cambio ni la incertidumbre. Estos términos podrían parecer dramáticos, pero quien conoce el negocio sabe que descubrir la causa de una muerte y de tres intoxicaciones en menos de dos meses, es una tragedia que ninguna ganancia puede ocultar.

La máquina recién instalada había sido importada de Alemania. La gerencia había retirado de los gastos la visita mensual y únicamente había aceptado cubrir los viáticos de un técnico durante un mes; esas medidas parecían ser la causa del cambio del gerente de producción, que había sido remplazado en tres ocasiones desde la instalación de la nueva máquina. También cambiaron a dos asesores de seguridad. Yo tomé el tercer turno. Algunos de mis conocidos me recomendaron no aceptar el cargo, pero el reto era interesante y los beneficios de resolver un caso así serían de gran beneficio para mi carrera.

La primera semana fue complicada. A excepción de Manolo, nadie confiaba en mí. Mientras nos vestíamos con trajes parecidos a los de un astronauta, los trabajadores se ayudaban entre ellos:

-Tenés mal puesta la capucha, cambiate las botas, revisá que tus lentes sellen bien.

En más de una ocasión se generó un círculo de verificación del que yo quedé fuera. Yo trataba de entenderlos, mi vida no corría peligro, el tiempo que ingresaba para supervisar los procesos era la cuarta parte del tiempo que un operador regular pasaba adentro. Mi exposición a la sustancia no me causaría un daño irreversible.

Durante las noches revisaba los planos de instalación y consultaba a Alemania algunos datos sobre los empaques de las máquinas. Cada llamada a mi celular, habilitado 24 horas, era un sobresalto temiendo la noticia de otra persona intoxicada.

Manolo me asistía e incluso se convirtió en la persona que revisaba mi equipo. A la semana él tenía ya una nueva atribución: verificar que todas las personas se vistieran correctamente. De forma diligente, Manolo señalaba todos los riesgos con su mano izquierda, y aunque acarreaba las cajas de equipo en el doble de tiempo que cualquier otro, su buena disposición nos hacía olvidar los minutos extras que lo tomaba trabajar con una sola mano.

Un mes después presenté los resultados ante la Junta Directiva. Ninguna persona se había reportado intoxicada durante este tiempo; pero aun cuando los resultados habían sido satisfactorios, los de la mesa ovalada fueron implacables:

- Señores, he encontrado la causa de la fuga que ha causado los desastres. La máquina está corrida 3 milímetros a la derecha, esto generó que uno de los empaques perdiera su ajuste.

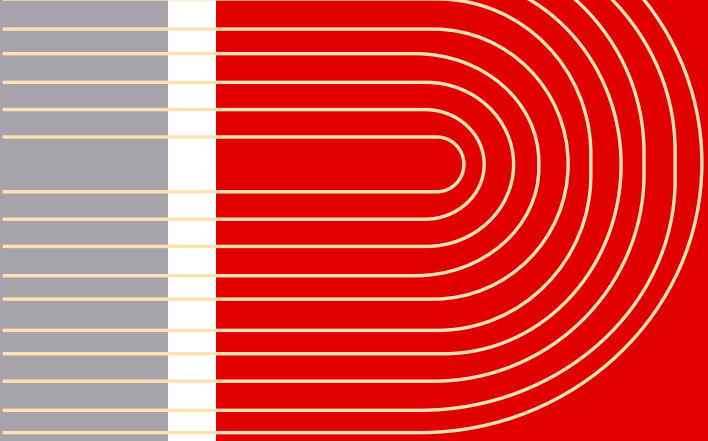
No hubo aplausos ni felicitaciones, al terminar me mostraron la puerta.

Al día siguiente, el Gerente me asignó el presupuesto solicitado para la reparación. Manolo me felicitó con su mano izquierda y se rascó la cabeza con el gancho que sustituía su mano derecha.

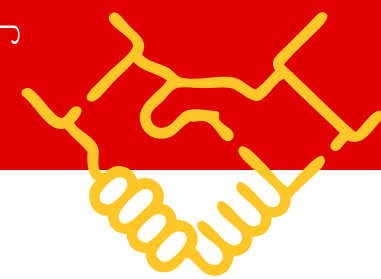
-No lo habría logrado sin tu ayuda.

Ese día lo invité a un postre en el comedor del personal, algunos operadores pasaron cerca para decirme:

-¡Buen provecho, Ingeniera...!



FIN



Claudia María Ortiz Paredes

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Héctor Wilfredo Chunuj Hernández
(Guatemala, 18 de agosto de 1996)

Estudiante de la licenciatura de Letras en la Universidad de San Carlos de Guatemala.

ÍND

GUA

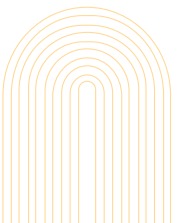
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





EL SILENCIO



Un domingo de la última semana de mayo me quedé sin dinero para el pasaje de regreso. Exactamente el 26, a las tres de la tarde. Todo lo tenía calculado para los gastos de un día de universidad: 25 quetzales de ida y vuelta; 15 de comida; 5 de copias y nada más. Llevaba 50 en total. Me quedé al final del día con tres quetzales.

El pasaje de vuelta era de cuatro quetzales, y aunque tenía tarjetas de crédito, un cheque y los tres quetzales, el efectivo no me alcanzaba para la vuelta a mi casa. Entendí que papel es solo papel.

Ese domingo jugó la final el equipo local de fútbol y la gente no terminaba de festejar, celebrando un triunfo inútil.

Me quedé un rato esperando para ver si pasaba algún conocido, pero nada. No conocía a nadie y nadie me conocía a mí. Era poco importante si llegara a mi casa o nunca llegara, a nadie le importaba y menos a mí, pero había quedado de juntarme con una chica por la

noche, y aunque podía llamarla con los tres quetzales que me quedaban y decirle que no llegaría, no me arriesgué.

Seguí esperando un largo rato y pensé en echar a andar. Estaba a tres horas de camino y bien podía llegar antes de que oscureciera; sin embargo esperé. Conservaba una vaga esperanza.

En la Terminal de Buses la gente pasaba sin voltearme a ver. En algún instante creí que socializar de cuando en cuando no estaría tan mal. Luego pensé que solo era un mal momento y eso no ameritaba semejante baja: era pobre, mas no méndigo.

Dos horas bajo el abrasante sol. Estaba al borde de una insolación, pero no estaba desesperado ni aburrido, solo esperaba a alguien que aún no sabía quién era.

Cayó el sol a las seis con treinta minutos, y poco a poco se entibió el ambiente. Un hediondo olor a sudor se quedó impregnado en el aire: la noche no limpia el olor fétido de la miseria vivida durante el día. Yo seguía esperando a no sé quién para que me prestara un quetzal. Creía en la suerte y que de alguna forma saldría de eso. Mi cita era en media hora. Tenía la esperanza de que alguien llegaría, al fin y al cabo soy un ser humano, pero nada. Si pasaba alguien que conocía me saludaba de lejos y se metía rápidamente al bus, precipitado, frío, indiferente. Una chica que amé en otros tiempos apareció y me hizo un ademán de saludo. Esperó un momento. Pensé entonces que se había quedado también sin dinero para el pasaje. Cuando intenté acercarme alguien llegó y la besó apasionadamente. Me sentí un tanto grotesco y volteé para disimular.

Cansado ya de esperar no sé qué, comencé a caminar. Hice tres horas de camino. Caminé en la oscuridad por una larga carretera, con una densa arboleda en los alrededores. Las luces de los automóviles pasaban. Sentía un frío tenue y veía algunas personas caminando en sentido contrario. Era ya de noche. Las primeras calles se fueron quedando vacías y las tiendas comenzaron a cerrar. Yendo más lejos me encontré solo en el camino, en plena noche, solo con un ruido vago de ciudad, algún ladrido de perro y sin ningún chillido de grillo. Sencillamente solo.

Al cabo de tres horas con quince minutos me adentré al pueblo, aburrido del sonido de mis pasos y de mi silencio. Y debo confesar que no estuvo mal: la soledad, el hambre y el silencio eran parte de mi rutina.

Llegué. No había ya gente en la plaza. Busqué una tienda, la única que abría toda la noche por si algún borracho exiliado de alguna cantina llegara a necesitar alguna cerveza, prestar teléfono o cosas así. Yo bien la conocía y hacia ahí fui. Con los tres quetzales compré tres cigarrillos. Me senté en una de las bancas de la plaza sucia y fumé, luego me fui a mi casa y me dormí.

ÍND

GUA

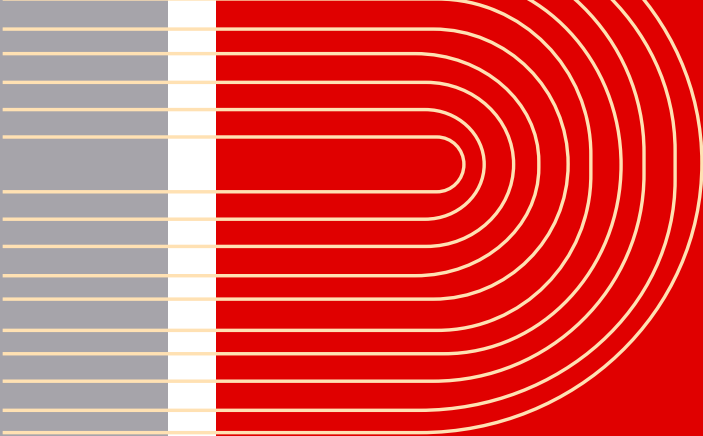
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



FIN



Héctor Wilfredo Chunuj Hernández

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Tania Hernández
(Guatemala, 1968)

Ingeniera en Sistemas, gestora y cuentista guatemalteca. Participó en la curaduría y la organización del Festival de Cine Latinoamericano de Frankfurt “Días de Cine”. Tres libros suyos de relatos cortos han sido publicados en Guatemala: “Love Veintediez” de Editorial Sin Tecomates, “Desnudar Santos” de publicación conjunta entre Alas de Barrilete y Maleta Ilegal y “Cuentos para Adultos Fantásticos” y “Terciopelo y Encaje” con Editorial Artesanal Alambique. Pertenece al colectivo Literatas que dan Lata.

ÍND

GUA

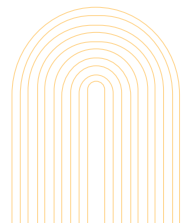
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



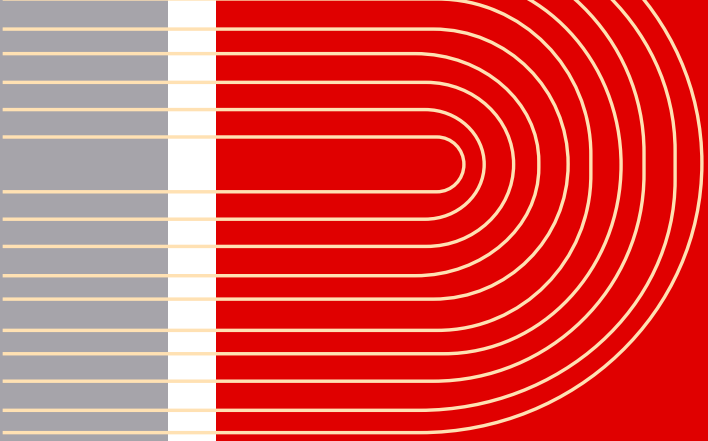


DESCANSA EN PAZ



Mónica estaba confundida. Todos los que la saludaban esperaban encontrarla desolada y sin consuelo, y murmuraban, desconcertados, al no ver en sus ojos una sola lágrima. Quizás ella ya había llorado todo lo que podía llorar y en este momento, más que afligida, se sentía como flotando, como si estuviera viéndolo todo y a todos desde una nube. Las voces de las personas que llegaban a la funeraria parecían haber viajado miles de kilómetros para llegar a su oído y haber perdido todo sentido en el camino. Amigos de él, familia de él y gente que no conocía no quería conocer intentaban animarla diciéndole que no se desesperara, que era un consuelo saber que él ya no estaba sufriendo, que la seguiría amando y cuidando desde el cielo. Ella los miraba, los veía mover sus labios formando palabras. ¿En verdad estas personas creían que la estaban consolando? Hubiera querido salir corriendo, quitarse la ropa negra y bailar en ropa interior bajo el aguacero que golpeaba los lujosos carros fúnebres, pero debía quedarse. Necesitaba el ritual para convencerse de que no había sido una de las pesadillas que la aquejaba y de las que despertaba siempre angustiada y con ganas de llorar. Que él en verdad había muerto y que no regresaría.

En el cementerio, el Cura repitió en su mensaje que él, hijo responsable y esposo ejemplar, iba a seguir cuidando desde el paraíso celestial a aquellas a quienes tanto había amado. El cielo no existe, el cielo no existe, murmuraba Mónica. Alguien pensó que era solo la locura del duelo. Al terminar el entierro pidió quedarse un momento sola para poder despedirse. Después de asegurarse de que los asistentes estuvieran a buena distancia, sacó de su bolso varias cajitas de los cigarrillos que él fumaba y los que fue tirando, una a una, sobre el ataúd; el frasco de perfume que a él tanto le gustaba usar; el maquillaje que tantas veces tapó los moretones sobre sus pómulos, en sus brazos y en sus muslos y varios pañuelos y bufandas con las que escondía las marcas en su cuello. Ya en el carro vio que tenía un mensaje de su mejor amiga: *¿ya descasa en paz?* Le escribía desde España, a donde había viajado después de ayudarla a borrar las huellas. Mónica imaginó el sonido de la tierra cayendo sobre la última evidencia: el frasco de perfume con el resto de gotas que podrían incriminarle. *El cielo no existe*, escribió en el chat, al pie de un breve relato sobre el velorio, la gente y el mensaje del Cura. *El cielo será para nosotras*, contestó la amiga y Mónica le dio la razón. Seguidamente manejó para su casa, con una sonrisa en el rostro, pensado en maletas, el cielo, las nubes y la lluvia de Madrid cayéndole sobre el cuerpo mientras bailaba.



Tania Hernández

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Ana Isabel Muyshondt Andreu

(Guatemala, 1957)



Contador Público y Auditor. Actualmente se desempeña como consultora de empresas familiares, tanto en la rama financiera como organizacional. Ha sido catedrática universitaria en dos de las principales universidades del país, al igual que conferencista invitada de varias instituciones locales; entre ellas, la Asociación de Gerentes de Guatemala, colaborando con diferentes artículos en la revista Gerencia. Además, se dedica a la pintura, escultura y escritura. Ha ganado varias distinciones en la rama de pintura.

ÍND

GUA

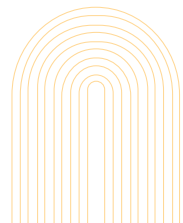
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





EL MEJOR REGALO



Martín era un hombre de edad avanzada. Pasaba la mayoría de su tiempo leyendo y reflexionando. Había trabajado muy duro en un negocio de imprenta y criado tres hijos, que le habían dado siete nietos. Su esposa había fallecido hacía tres años y desde ese entonces se había quedado aislado y muy callado. Vivía solo, no muy lejos de las casas de sus tres hijos, aunque no los veía tanto como él quisiera, pues cada uno tenía la vida muy ocupada.

Sin embargo, sus hijos y nietos disfrutaban verlo. Ellos iluminaban su vida y su casa era el punto de reunión cuando los nietos podían ver a los primos. Cada vez que veía a sus nietos les contaba historias de cuando él era joven o niño, y también les hacía ver quién era cada uno de los miembros de la familia, especialmente su abuelita, a quien él seguía extrañando todos los días de su vida.

Usualmente los niños llegaban antes a estar con el abuelo. Los padres llegaban después de haber hecho ciertas diligencias. Martín aprovechaba ese tiempo a solas con ellos para sus historias. A veces repetía alguna de ellas y los nietos gritaban al unísono, “¡esa ya nos la

contaste!”, pero había uno de ellos que siempre le decía “gracias abuelo, yo no me recordaba de esa”. Este chico se llamaba Juanito y era el menor de sus nietos. Siempre mostró especial afecto y comprensión para su abuelito querido.

Martín les contaba lo alegre que era saltar los charcos cuando era pequeño, ir a la tienda y comprar un dulce con muy poco dinero que a veces conseguía por hacer trabajos en la casa, compartir lo poco que tenía con sus hermanos y amigos, salir en bicicleta con vecinos, etc. Los peligros de su época eran muy pocos, todos los niños eran educados, guardaban mucho respeto para los mayores, la televisión era una entretención que se miraba muy pocas horas y lo hacía toda la familia junta. En casa había un único aparato de teléfono y todos hablaban corto para mantener el mismo desocupado. A la fecha, a Martín le costaba manejar un teléfono celular, pero sus nietos trataban de actualizarlo en tecnología, lo cual al señor mayor no le interesaba mucho, sino saber cómo estar en contacto con su familia.

Juanito era un chico muy inquieto y consentido, que por su dulzura y paciencia hacía muy feliz a su abuelo. Un día le comentó que ya pronto iba a ser su cumpleaños, le contó los planes que su mamá tenía para su fiesta y aprovechó para pedirle que le hiciera un regalo especial. El abuelo, le respondió que sí, que lo haría y que sería especial. El nieto estaba feliz, pues una de las personas que más lo mimaba y pasaba tiempo con él era su abuelo. El niño comenzó a imaginarse todas las cosas bastante caras con las que creía que el abuelo lo premiaría: moto, celular nuevo, audífonos, consola, Etc. El chico no sabía que las posibilidades económicas de su abuelito eran bastante escasas, que le alcanzaba solo para vivir y un poquito más, pero que ese poquito más casi nunca le quedaba porque al hacerse más viejito necesitaba más medicinas.

Mientras tanto, el abuelito estaba un poco inquieto, pensaba en la actitud del niño y le causaba cierta preocupación pensar que el chico esperaba algo muy grande de su parte. Pero también le entusiasmaba pensar en la oportunidad que tendría de dejarle una lección de vida.

Juanito corrió a contarles a todos la noticia: que su abuelo le había prometido darle un regalo muy especial para su cumpleaños. Esto provocó celos entre los demás nietos, ya que todos habían recibido mucho cariño de su abuelo, mas nunca un gran regalo. Los celos llegaron a ser muy fuertes en uno de los primos, los dejó crecer en su mente y en su corazón y esto hizo que la familia comenzara a separarse después de que habían sido todos muy unidos. Cada padre comenzó a tomar partido por su hijo. Algún hijo con su familia dejó de asistir a la reunión familiar del fin de semana por este motivo, lo cual entristeció a Martín.

Así que fue una razón de más para que el abuelo se pusiera a meditar muy cuidadosamente en lo que le iba a dar a su dulce nietecito. El día del cumpleaños se acercaba y Juanito estaba cada vez más convencido de que recibiría un buen regalo.

Llegó el día del cumpleaños de Juanito y el abuelo estaba allí presente, muy bien arreglado, con la ropa que usaba para para las celebraciones especiales. No era ropa nueva, pero sí muy bien planchada; además, estaba perfectamente bien peinado y con una sonrisa de oreja a oreja.

Entró a la casa de su hijo y Juanito salió inmediatamente a recibirlo, dándole un abrazo a nivel de la cintura. Martín era un hombre delgado y un poco alto. Lo primero que hizo

el chico fue preguntar por su regalo. Su abuelito le aseguró que lo llevaba, pero se lo iba a entregar hasta el final. La expectativa del chico creció aún más.

Transcurrió la celebración, tomaron una refacción muy sabrosa: empanadas, helado, galletas, el clásico pastel y refrescos y no faltó el aporte del abuelito: unos deliciosos sándwiches de jamón picado, cortados en forma de triángulos, como los hacía la abuela, lo cual hizo que todos la tuvieran presente en la conversación. Martín se sintió acompañado.

Finalmente, Juanito abrió todos sus regalos y agradeció a los presentes. Había recibido varios juguetes, un bolsón para el colegio y un sweater muy bonito, junto con otras prendas de ropa. Cuando por fin le llegó el turno a Martín, con calma abrió su saco y sacó una caja pequeña de su bolsa de pecho. La expectativa de todos aumentó, era una cajita un poco más grande que la de un anillo, pero aún chiquita, como de una joya y el niño era muy pequeño para recibir esa clase de regalos.

La cajita tenía una moña de listón, justo en medio, muy bien puesta y podríamos suponer que se trataba de un regalo elegante. Sin embargo, la cara de desilusión de Juanito fue evidente, ya que sin duda nada de lo que él había soñado podía haber allí.

Como siempre fue un niño dulce, dio las gracias a su abuelito, aunque con semblante triste y voz baja. Con paciencia, quitó la moña de la cajita, la cual se desgarró levemente. La abrió y encontró allí: una lupa, un borrador, una curita, un pequeño lápiz y una aguja. Completamente desconcertado, Juanito, al igual que los demás, preguntó a su abuelo si ese era de verdad su regalo.

El abuelo, con mucho amor comentó acerca de lo importante que era él en su vida, al igual que todos y cada uno de los miembros de su familia y le ofreció explicarle. Con voz ronca, pero amable, comentó que había pensado seriamente en qué regalarle y finalmente creía que ese sí era su mejor regalo. Todo tenía un propósito especial.

Le daba una lupa para que pudiera agrandar su vista y ver mejor las virtudes de los demás; un borrador para eliminar de su vida lo que le hacía daño y comprender el valor del perdón, ya que todos cometemos errores. Juanito volteó a ver a su primo con el que se había distanciado y le sonrió con cariño. El primo devolvió esa sonrisa. La curita servía para tapar las heridas, ya fueran propias o de los demás. El lápiz, para hacer una lista de agradecimiento de todas las bondades recibidas, comenzando por la vida. Finalmente, una aguja para que pudiera siempre tejer sueños e ilusiones.

Durante un breve momento todos permanecieron callados y meditativos. Juanito rompió el silencio y dijo: “abuelo, este es el mejor regalo que he recibido jamás. Nunca pensé que iba a ser así, pero si lo pienso bien es ¡genial! Me ayudará a dar más amor a quienes me rodean y siempre estarás presente en mi vida. ¡Te quiero tanto!”

Todos se fundieron en un abrazo colectivo y Martín comprendió, una vez más, que no hay nada mejor que el amor, tiempo y paciencia para los que queremos. Esa sería su mejor herencia.

Al poco tiempo el abuelo falleció súbitamente de un paro cardíaco. Toda su familia se reunió en el funeral. Antes de enterrarlo pusieron sobre su caja una lupa, un borrador y una aguja. El lápiz lo iban pasando de uno a uno, quienes expresaban con amor lo que el abuelo había significado en su vida, al mismo tiempo que ponían una curita sobre su mente o corazón. Cuando llegó el turno a Juanito, con lágrimas en los ojos, solo pudo decir “mi abuelito Martín fue quien me enseñó más y me dio el mejor regalo que he recibido en mi vida”.

ÍND

GUA

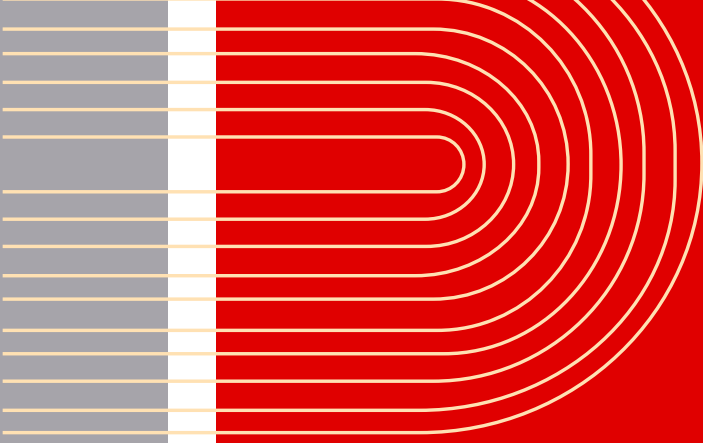
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



FIN



Ana Isabel Muyschondt Andreu

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Gabriela Raquel Campos

(Guatemala, 1993)

Originaria del centro oriente guatemalteco. Novelista y cuentista. Ha abordado temas de exploración del misticismo, contextos variados (rurales y conurbanos) y personajes en constante transmutación. Es Licenciada en Diseño Industrial y tiene pensum cerrado de la Licenciatura en Letras. Obras publicadas: El refugio de Mariana (Loqueleo, 2019), participó en la compilación de cuentos Lienzo de fuegos (Parutz' editorial, 2021). Actualmente se encuentra editando su próxima publicación.

ÍND

GUA

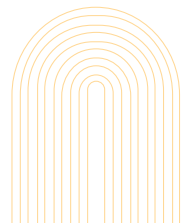
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





LAS DESPEDIDAS DEL DESBORDAMIENTO



Era difícil distinguir entre la crueldad y la torpeza. Ahora quedaba escudriñar en el dolor hasta lo más profundo, escarbar de nuevo las heridas como testimonio de que lo sufrido no fue en vano. Ha sido lo más cerca que he estado de volar; porque, a ver, se puede hacer cosas que simulan un vuelo, pero necesitas herramientas y accesorios. Ese día fue el cuerpo solo. Quizá unos diez segundos, lo que dura un rayo a la lejanía.

Salí un poco después de las cinco de la tarde de mi casa y entré de madrugada al hospital. La hostilidad de los enfermeros en el Hospital Nacional del Centro era algo desconocido para mí. Desde ese momento un hormigueo habitó todo mi cuerpo y sentía como si estuviera levitando. Extrañeza en el corazón. Ahí conocí a Juan, que tenía esposadas las manos, varios arañazos profundos y unas cortadas hechas con cuchillo de cocina.

—Nos vergueamos con mi mujer, ya se fue todo a la mierda—. Lo siento mucho, contesté. —Yo también, colochita, yo también. Por cierto, lamento lo que te pasó— susurró, con la voz quebrada.

Quise salir a buscarte, salir por vos y así lo hice. Llamé a unos amigos y pasaron por mí. Dinero, necesitaba dinero, pero no pude, me temblaban las manos, sentía el frío recorrer cada uno de los milímetros que me componen; era el único cajero de la zona y yo bloqueé todas las tarjetas. Es verdad, una nunca sabe cómo va a reaccionar; ahora entiendo que es cierto, que se hace lo que se puede. Mis amigos me prestaron dinero y, no sé ni cómo, pude conseguir un abogado. Seguía temblando. Nunca me había sentido tan pequeña.

Antes de ir a buscarte regresé al lugar del accidente. Debía darle las llaves a tu abuelo, por cualquier cosa, ya no recuerdo, digamos, para que se llevaran tu carro al predio. Al fin pude llegar por vos. Estabas tranquilo, sereno. Parecías un bebé que recién despierta en el moisés. Ahí volví a ver a Juan, ya suturado y con moretones visibles. También volví a ver al maldito que nos chocó. Se reía silenciosamente.

—Al fin pude llegar por vos. Tu papá me recogió después. Tenía un par de llamadas perdidas, de mi familia, pero ya para entonces me dolía hasta hablar. Unos días antes discutí con mi papá. O bueno, él discutió conmigo. Decía que no entendía qué putas me pasaba, que por qué hacía lo que hacía pudiendo hacer otras cosas.

—Es que yo tampoco sé; feliz día del padre. —Colgué. Ahora no sabía cómo decirle que me dolía hasta el pelo, que no sentía las puntas de los dedos de los pies, que me había salido del hospital y que no podía ni tomar agua. ¿Realmente había salido?

Revisé de nuevo mi celular y tenía varios mensajes de mi tía.

—Es muy desconsiderado de tu parte no contestar, tembló muy fuerte y yo aquí estoy con la pena.

Ojalá ella hubiera tenido razón. La dejé hablar todo el tiempo mientras encontraba fuerzas para responder.

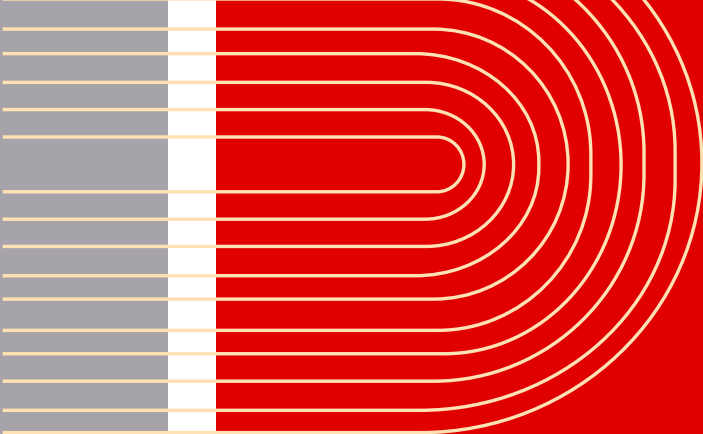
—Tuvimos un accidente, estoy en un restaurante. No, no sé qué hacer. Sí, sí puedo caminar, pero me duele. Mucho.

Una amiga de mi tía me recibió en un hospital privado para sacarme las radiografías. Vi cuando las proyectaron. Era una imagen que involuntariamente guardo en mi memoria; mi cuello parecía un espinero fluorescente. No teníamos los recursos para que me ingresaran a ese hospital. Me trasladaron a otro donde atendían los mismos médicos. Me inyectaron analgésicos y antiinflamatorios. De nuevo volví a levitar. Estabas a la par de mi cama. A lo lejos aún pude ver a mi papá. No me dijo nada, solo vi la angustia que lo invadía. No me dijo nada, pero lo perdoné. Él también.

Estabas a la par de mi cama y me acariciaste cada colochito. Los hacías un rollito. Ahora veo que esa era tu despedida. Todos nos veían de lejos y lloraban. No entendía nada; yo estaba bien. O eso pensaba.

Vi que el doctor llevaba mis radiografías de un lado a otro, que llamaba, iba y venía. Pero no vi tu resonancia. Y a vos no te importaba. Ese día nuestros padres se conocieron. La resonancia tenía muchas manchas, así que la radióloga pidió tus antecedentes. La oncóloga que te había atendido de niño confirmó las sospechas de los exámenes: el cáncer había regresado.

Yo seguía acostada sobre la plancha metálica y pude ver el tiempo eternizado. *Un gusano retorciéndose en el dolor.*



FIN



Gabriela Raquel Campos

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Mayra Vargas
(Guatemala, 1964)

Periodista, con más de 25 años en el ejercicio de la profesión. Reportera y editora en Prensa Libre. Miembro del equipo de editores fundadores de elPeriódico, de Guatemala.

ÍND

GUA

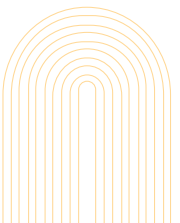
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





POPEYE



¡Hijos de la gran puta! ¡Hijos de la gran puta!... —Entró diciendo don Chalo. Graciélita sabía que no debía interrumpirlo cuando estaba así. Más de 25 años como su secretaria le habían enseñado los buenos y malos momentos de su jefe, y este era malo, muy malo.

Bufaba. Se inclinó sobre su escritorio y tiró una fila de papeles. La mujer no se movió. Parecía perro enjaulado, iba de un lado a otro en esa pequeña oficina repleta de trofeos de plástico, ganados en campeonatos futbolísticos olvidados; filas de periódicos que nadie leyó; vidrios empañados por el paso del tiempo; paredes donde el hollín se había acumulado capa tras capa y sillones forrados de plástico, reparados con *masking tape*, una y otra vez.

Don Chalo nunca sintió necesario comprar nuevos muebles, pintar las paredes o cambiarse a otro lugar, a pesar de que el negocio de buses siempre dejaba ganancias. Se sentía bien en ese predio que había sido de su familia por tres generaciones y que por mucho tiempo estuvo en “las afueras”, pero que la ciudad finalmente se había tragado. Ahora estaba

rodeado de viviendas y la entrada y salida era un dolor de cabeza. Aun así, no se iría de ahí. Luego de un rato, gritó:

—Llámeme a Fito y a Tono.

Gracielita convocó a los dos hombres. Algo estaba pasando, pero no le contarían.

—¡Mataron al Popeye! —fue lo primero que les dijo. Tono sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Estás seguro?, muertos hay todos los días —argumentó.

—Lo escuché en la radio, no dieron su nombre, pero mencionaron el tatuaje en forma de Virgen de Guadalupe que tenía en el brazo derecho —explicó don Chalo, con un aire de resignación.

—¿Qué hacemos? —intervino Fito.

—Esperar, respondió Tono.

El silencio era incómodo. No lo dicen abiertamente, pero don Chalo cree ver en la actitud de sus socios un reclamo que no le gusta. Han pasado muchos años juntos, pero no son amigos. Cada vez saben menos uno del otro. La desconfianza ha crecido.

—Aunque lo identifiquen, nada lo liga a nosotros —aseguró Fito, y en eso tenía razón. El Popeye no era su empleado, pero les prestaba un servicio. Desde hacía varios años, su

trabajo consistía en subirse a los buses propiedad de estos tres hombres y “limpiar la ruta”. Empezaba muy temprano y terminaba pasadas las 8 de la noche. En una mochila vieja llevaba ocultas una escuadra y una granada.

El Popeye era un tipo alto, de complexión fuerte, moreno claro, discreto y con un carácter amigable. Había sido piloto, pero lo amenazaron, lo asaltaron y le dispararon, así que había renunciado. Don Chalo intentó convencerlo, le ofreció una ruta distinta, más descansos e incluso le mencionó que las cosas podían mejorar. No era una mala persona, pero sabía que eso no era cierto. Sabía de primera mano que las cosas no cambiarían, no mientras el modelo del subsidio funcionara como hasta ese momento. Los ataques no perseguían en sí mismos la muerte de los pilotos, sino recordarles a los empresarios que debían seguir pagando. Habían incorporado al modelo de negocio los pagos, aun así, seguían matando a los muchachos.

El Popeye se apareció un día en la oficina. Había envejecido, aunque seguía viéndose como un tipo intimidante. Recordaron a José Eduardo, el Guayo, asesinado en la zona 5; Rubén y Carlos, en la ruta hacia Canalitos; Tulio y Manolo, en la zona 11; Juan Carlos y Juanito, en la zona 1; Carlos, en la zona 2; Luis, en la zona 9; Giovanni, en la zona 12; Marvin y César, en la ruta al Atlántico; Rocaël, en La Reformita, zona 12 y a Víctor, en la zona 6.

—Le tengo una propuesta. La cosa es así: yo le limpio la ruta y cuando se ofrezca, pues me quiebro a quien intente atacar a los muchachos. Nadie tiene que saberlo, será un arreglo entre nosotros —le aseguró, con una tranquilidad pasmosa.

La propuesta no era novedosa, ya lo habían hecho los transportistas de Ciudad Vieja y Alotenango, esos que cubren la ruta de La Antigua Guatemala. Un grupo de empresarios pactaron con unos ex comisionados militares para acabar con los extorsionistas que se multiplicaron después de la firma de los Acuerdos de Paz. No recordaba si había funcionado o no.

—Tengo que hablarlo con mis socios, no puedo tomar una decisión, así como así, y menos algo en lo que si nos agarran, nos meten presos a todos.

Durante la charla con sus socios repitió la propuesta del Popeye. Fue Tono el que preguntó:

—Y si le entramos no vamos a dejar nada por escrito, será un arreglo verbal, entre hombres, le pagamos en efectivo y listo —agregó.

Sentían que era una especie de compensación por todos esos pilotos muertos. Hubo meses en que entre todas las rutas que recorrían la ciudad, sumaron más de 30 muertos. Abril y mayo eran los peores. En esos meses el gobierno trasladaba el subsidio a los empresarios. Todo el mundo lo sabía, por eso aumentaba la presión de los extorsionistas, vía los asesinatos. Ni qué decir de los secuestros, varios pilotos y sus ayudantes habían desaparecido, y aunque se habían hecho las denuncias, pasaron a engrosar las filas de los cientos de personas que a diario se esfumaban en esta ciudad.

El Popeye empezó a trabajar. Lo sabían porque hubo reportes de ataques donde los muertos habían sido los asaltantes. No querían detalles. La tensión de esos primeros días fue bajando y hasta se dieron el lujo de festejar que en su ruta habían disminuido los asesinatos.

Se decían a sí mismos que, al menos ellos, estaban haciendo algo. No podían decir lo mismo de las autoridades, que siempre se veía superados, pues por cada asaltante capturado había por lo menos cinco patojos más dispuestos a hacer el trabajo.

El noticiero de medio día traía una declaración de Magda, la esposa. Dijo que no entendía lo que había pasado, que él trabajaba como piloto, aunque no supo decir dónde. Al llegar la noche se enteraron de que el Popeye había recibido dos balazos en el pecho. No hubo tiempo de llevarlo al hospital. Junto a él quedó su pistola y la granada.

A la mañana siguiente los socios se reunieron en el velorio. Su casa, era la casa que podía pagar un piloto de camioneta: techos de lámina y paredes de block desnudos. Adentro, sus tres hijos se apretujaban alrededor de su madre. Ella lloraba quedito, como si no quisiera molestar a nadie. Estaba pálida, tenía los rizos alborotados y unas profundas ojeras. Don Chalo, Fito y Tono presentaron sus respetos, le aseguraron a la mujer que podía contar con ellos, aunque no concretaron nada. Magda alcanzó a emitir un hilito de voz:

—Gracias.

En el predio, don Chalo se pasó el día esperando. De nuevo nada ocurrió. Desde la ventana vio las unidades estacionadas, una tras otra. El negocio nunca había sido fácil. Recordó a su papá negociando con la Judicial cuando le exigieron colocar en la ruta que pasaba por la Universidad a “un oreja” para que se hiciera pasar como ayudante para vigilar a los estudiantes. El comando urbano del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), se enteró

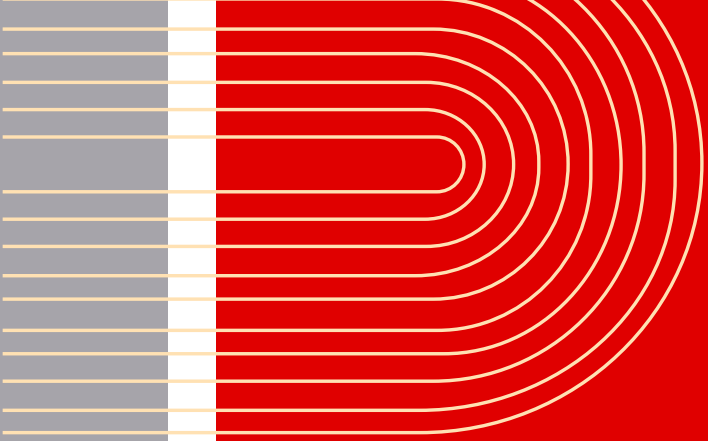
y les quemaron cuatro buses por el barrio La Reformita, justo unos días antes del golpe de Estado contra el general Lucas García.

Estaba subiéndose a su pick up cuando apareció Manolo, el Cuete Ruíz, un piloto que vivía en San Pedro Ayampuc y que para ahorrar plata dormía en el bus. Más que saludo fue reverencia la que le hizo a su patrón:

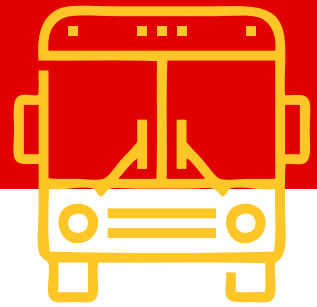
—Don Chalo, consígame una pistola y yo sigo con el trabajo del Popeye. Los muchachos están ahuevados, a usted no le van a decir nada, pero ayer juntamos para la extorsión y para la viuda, así no se puede.

—Hablamos mañana —le respondió don Chalo.

Necesitaba irse de ahí, no pensar, sacudirse esa sensación que se le había instalado en el cuerpo y no lo dejaba estar tranquilo. Mañana, se dijo, mañana será otro día.



FIN



Mayra Vargas

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Boris MacDonald Barrios

(Guatemala, 1981)

Diseñador de historias visuales, fotógrafo, escritor y biólogo. Entusiasta, soñador, auténtico y coherente. Buscando ser cada día mejor que ayer. Soy muy franco al hablar y comportarme, me gusta conectar de forma genuina con las personas y con la naturaleza. Disfruto cuestionarme y pensar diferente. Osado para hacer que la cosas pasen, pero humilde para saber que no soy solo yo quien hace que sucedan. Y sí, estoy un poco loco.

ÍND

GUA

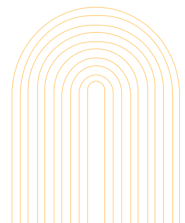
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





DÍA 419 EN LA VIDA DE UN PERRO



Me encuentro en una selva rodeada de asfalto, en el suelo, tirado, sin aliento... esta vez el golpe fue tan duro que adormeció mi pecho. Cierro los ojos y recuerdo cómo un par de minutos antes iba volando como torpe superhéroe recién graduado. Sigo sin incorporarme. Pasa el tiempo y comienzo a sentir cómo la sangre en mis venas recorre mi cuerpo bombeando emociones... Junto a mí se encuentra el instrumento que acelera mi pulso, ese que provoca una euforia que recorre todos mis cabellos, como oscilaciones en el agua. Lo tomo, y lleno de emoción, salgo corriendo frenéticamente hasta llegar donde está Santiago. Veo que está sonriendo, lo veo feliz, se inclina para tomar de nuevo la pelota, yo espero, muy atento, con la mirada fija, listo para iniciar otra vez. Comienzo a dar saltos haciéndole entender que quiero que juguemos de nuevo. El agita su brazo tratando de engañarme, pero esta vez no caigo. Lanza la pelota con mucha fuerza y entonces me giro y salgo corriendo. Mientras voy avanzando escucho los latidos de mi corazón, tengo una enorme sonrisa de oreja a oreja, y entiendo lo que es la verdadera felicidad.

Tiempo antes estaba caminando al lado de mi mejor amigo, en dirección a ese pequeño oasis, lleno de peculiares aromas con los cuales reconozco a mis vecinos e intercambio mensajes con ellos. Al llegar ahí, está Mike, con esa gran cabezota en su diminuto cuerpo, como un *Funko* en cuatro patas, gritando y llamando la atención de cada persona que camina a su lado. Santiago y yo seguimos avanzando hacia ese espacio de metros y metros de un acolchado pasto. Volteo hacia arriba, lo veo fijamente a los ojos, como cuando le pido de su comida y entonces acaricia mi cabeza, me libera y de una bolsa saca esa hermosa esfera color naranja, mis ojos brillan como los lindos puntos que observo en el cielo en una noche oscura; siento la energía comenzando a recorrer mi pequeño cuerpo azabache y en un instante me encuentro corriendo libre, doy un tremendo salto, casi la tengo, cuando de repente todo se oscurece y me encuentro en el suelo tirado, en una selva rodeada de asfalto.

ÍND

GUA

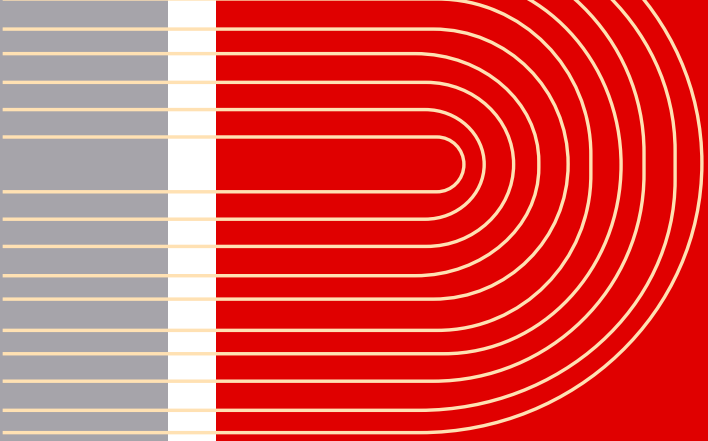
MÉX

COL

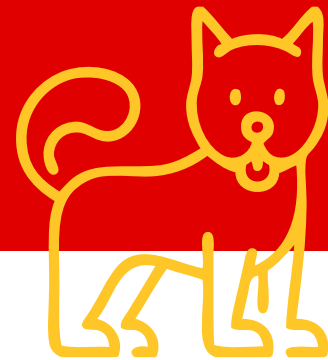
BOL

UY

ARG



— FIN —



Boris MacDonald Barrios

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



René Francisco Andrade

(Guatemala, 2002)

Nacido el 3 de septiembre del 2002 en Antigua Guatemala. Mercadólogo, publicista, novelista y cuentista antigüeño. Autor de su primer cuento llamado “Mancha gris”, cursante del Taller de Cuentos impartido por La Cooperación Española. Estudiante de la Licenciatura de Ciencias de la Comunicación, en la Universidad Regional.

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



MANCHA GRIS



En una pequeña ciudad costera vive un gato negro con una mancha gris en su ojo izquierdo. Es un gato callejero, sin preocupaciones. No tiene familia ni conocidos por los que se pueda preocupar. Se la pasa comiendo sobras de la basura que encuentra por ahí, y así se la ha pasado desde que tiene memoria.

Un día, como cualquier otro, el gato sale a buscar sobras para poder alimentarse. En un callejón oscuro y pequeño se encontró una pila de cajas con bolsas de basura que parecían estar llenas de alimentos en descomposición; o en su fecha límite de caducidad, por el aspecto que poseía.

Entonces se decidió a buscar algo bueno para comer en ese momento. Se asomó a la primera caja que tuvo más cerca y empezó a registrar para ver si tenía suerte de encontrar algo rico para comer, así pasó durante algunos minutos, pero no halló nada, así que se pasó a la siguiente, pero nada.

Al cabo de una media hora de buscar comida en esas bolsas no logró encontrar nada, por lo que decidió dejar de seguir buscando e irse a otro lugar, pero cuando tiró la caja más alta de esa pila de cosas, se percató de que había una caja muy nueva, ya que estaba sin rasguños ni estaba golpeada, por lo que le dio curiosidad; entonces, decidió ir a ver qué contenía la caja se acercó, y viéndola muy de cerca la analizó y se dio cuenta de que estaba sellada.

Luego de unos minutos de que le diera vueltas para ver cómo podía abrirla le clavó sus colmillos, atravesando así el cartón: Al ver el hueco que quedó tras la mordida le metió su garra y empezó a tirar su pata hacia abajo para así poder desgarrarla y poderla abrir. Al cabo de unos minutos finalmente abrió una de las paredes de cartón e introdujo su cabeza para ver qué podía hallar ahí, pero lo único que vio fue un juguete de color dorado en forma de ratón.

Sorprendido por el brillante color dorado del juguete, el gato se le acercó un poco y lo agarró con sus dientes; entonces escuchó un grito de dolor, por lo que soltó al ratón y volteó su cabeza para ver hacia todos lados con el fin de encontrar el origen de ese sonido. Luego de voltear su mirada nuevamente, se concentró en el objeto que había dejado caer, pero lo que vio lo dejó desconcertado.

Vio al ratón de juguete, en dos patas y con un gesto de risa en su rostro. Al ver esto, el gato se puso nervioso, ya que nunca le había pasado algo parecido, el gato le maulló al ratón, pero este solo le devolvió un sonido, que se transformó en palabras que el gato podía

entender. Con miedo, porque era la primera vez que alguien le hablaba de una forma que podía entender, el ratón como, si estuviera hablando el idioma del gato, le dijo.

—Gato yo soy Goldy, un ratón mágico que concede deseos, y por haberme encontrado te concederé tres deseos; todo lo que tu pidas yo lo haré realidad, así que dime que es lo que deseas.

—No lo entiendo, ¿por qué puedes hablar? ¿Eso es posible?, dijo el gato, con cara de asombro.

—Sí, gato, puedo hablar, puedo comunicarme con cualquier animal que me encuentre, así que no te asustes, te cumpliré tres deseos.

Tratando de asimilar lo que estaba pasando, el gato le dijo al ratón.

—¿Ratón mágico?, esas son puras patrañas, yo no creo en eso, de donde yo vengo, las cosas que son gratis siempre tienen un precio, considero que me quieres estafar.

—Cree lo que quieras, pero yo ya te he dicho lo que puedo hacer por ti, así que solo acepta tus deseos.

—Estás loco, rata —dijo el gato.

Luego de escuchar esas palabras, el ratón, ya un poco enojado, le dijo.

—Pareciera que no sabes qué es lo que quieres, bueno no me extraña, al fin de cuentas eres un gato callejero, pero te daré la oportunidad de que lo pienses y mañana podrás venir a pedir tus deseos.

El gato agarró con fuerza al ratón y lo metió de vuelta a la caja y la tiró a la pila de basura que estaba ahí, y salió de ese callejón para continuar buscando comida. Llegó el final del día y no pudo encontrar algo que pudiera comer, Se movilizó por otros callejones para poder dormir, hasta que encontró uno que tenía una caja grande con una colchoneta y se acurrucó ahí.

—No puedo creer que sea un ratón mágico, jajaja seguro era una estafa o algo parecido. Auchh me ruge la tripa, dormiré y mañana veré que hago para poder comer.

Llegó el día siguiente. El gato, más hambriento que el día anterior, decidió ir a buscar comida para satisfacer su apetito. Pasó horas y horas buscando por todos los callejones qué encontraba, pero ninguno contenía algo con lo que pudiera alimentarse. Pudo ser esto causa de que no era día de sacar la basura. Realmente no importaba la razón, solo quería encontrar algo qué comer.

Entró a un callejón oscuro que tenía dos grandes edificios a sus costados y con muchas ventanas. Se puso a observar los edificios y encontró una ventana que le pareció curiosa. En ella había un perro con un hermoso pelaje blanco. El perro estaba tomando aire, y el gato, al ver lo bien cuidado que estaba se puso a pensar: ojalá yo tuviera esa vida, así nunca tendría que estar buscando comida en la basura y podría tener alguien que también me cuide.

Luego de observarlo escuchó que lo llamaron, entonces el perro se alejó de la ventana y el gato continuó buscando comida. No encontró nada. Siguió su camino, pero sin darse cuenta llegó al callejón en donde había encontrado al ratón dorado Goldy. Vio que las cajas estaban tal y como las había dejado el día anterior, así que decidió seguir buscando comida; pero al igual que en los otros callejones, no encontró nada. Luego de unos minutos de buscar le entró la curiosidad de si aún seguía ahí el ratón, entonces decidió buscar la caja. Al poco tiempo de haber comenzado a buscar, la halló, le dio vuelta y la abrió.

—Jajaja, así que decidiste volver, gato raro —dijo el ratón, con un tono de voz burlesco.

—Solo me dio curiosidad por ver si estabas vivo o solo había ido una ilusión —contestó el gato

—Pues ya que estas aquí, por qué no pides tus deseos de una vez y veras que soy de verdad. —dijo el ratón

—De acuerdo, tonto ratón, ya sé qué pedir, pero si no cumples te comeré vivo.

—Entonces dime qué es lo que quieres.

—Quiero ser como el perro de pelaje blanco que vi en la mañana, mi deseo es ese.

—Curioso deseo y estará bien concedido, cierra y abre los ojos —dijo el ratón.

—Sé que no podrás cumplir ese deseo, pero de cualquier forma lo haré

—dijo el gato, y procedió a cerrar los ojos, luego los abrió.

—Pero qué demonios, en dónde me encuentro, solo pasó un segundo, qué lugar es este.

—Mírate en el espejo de ahí y lo sabrás —dijo el ratón.

El gato se acercó y se asombró de lo que había en el espejo: era exactamente igual al perro de esta mañana.

—¿Qué me hiciste, ratón?, ese no soy yo —dijo el gato.

—Ese fue tu deseo, te di la vida de ese perro que mencionaste, así que disfrútalo.

—Qué rayos, ¿por qué está pasando esto?, pensé que era una broma lo que decía este ratón.

Mientras trataba de analizar lo que estaba sucediendo, se escuchaban unos pasos fuera de la habitación.

—Snow, apurate, que ya nos tenemos que ir, ven para acá ahorita mismo. Pero como el gato no sabía quién era Snow, siguió en la habitación,

viéndose en el espejo. Luego de unos segundos, una señora, por sus expresiones, muy enojada, llegó con un collar pequeño y dijo.

—Perro estúpido, te estoy llamando, apurate y ven, te pondré esto porque ya nos vamos.

El gato se asustó un poco cuando le puso el collar, por lo pequeño que era.

—Me cuesta respirar con este collar —pensó el gato.

Lo sacaron de esa habitación y se lo llevaron para otra donde había muchas cámaras y muchas luces que alumbraban un solo punto. Sin saber qué estaba pasando, lo pusieron en el centro y con las cámaras empezaron a tomar fotos con flash.

El gato se asustó porque toda la luz le daba en la cara, se empezó a poner nervioso y comenzó a moverse como loco, al momento de que la señora le quitaba el collar. El gato, con el cuerpo de perro, salió corriendo, dando vueltas en ese pequeño estudio de fotografía, Snow tenía el comportamiento de un gato callejero en toda su expresión.

Luego de que empezó a correr como loco en la habitación, la señora agarró una especie de jeringa, lo agarró fuertemente del cuello y le puso la inyección en el glúteo izquierdo. Era un sedante y eso lo puso más relajado, pero se siguió sintiendo incómodo. Continuaron con la sesión de fotos.

Luego de cinco horas de fotos y demás, el gato con cuerpo de perro se empezó a quedar dormido, no le dieron ni comida ni agua, por lo que se sintió horrible. Se quedó dormido en pleno set.

Al despertar se dio cuenta de que estaba en el callejón del ratón. Un poco asustado, vio su reflejo en un charco.

—Ya soy yo otra vez, qué locura fue eso —se dijo, luego vio a su lado al ratón que estaba riendo.

—¿Qué tal estuvo la experiencia, gato?

—Horrible, que feo fue ser ese perro, nunca vuelvo a desear la vida de otros, la mía es perfecta a su manera.

—Veo que aprendiste algo, dime, ¿cuál es tu otro deseo, entonces?

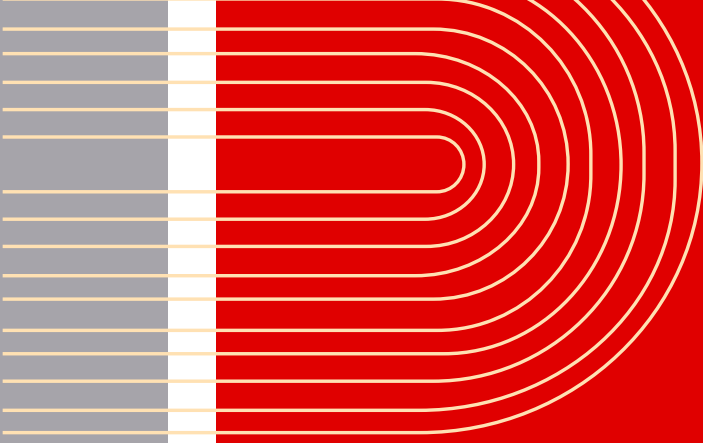
—Estás loco si crees que pediré otro deseo, estoy bien como estoy —dijo el gato.

—Pero gato, puedo darte lo que quieras, incluso puedes quitarte esa horrible mancha gris de tu ojo izquierdo.

—No, gracias, mis defectos son lo que me hacen ser quien soy y mis circunstancias las creo yo, un deseo no me va hacer nada bien porque no las he creado yo y por ende no disfrutaría de estar ahí. Esta experiencia me dio la iluminación que necesitaba para no creer en extraños.

—Pero, mancha gris...

Antes de que terminara lo que iba a decir, el gato agarró al ratón, lo volvió a meter a la caja, la tiró lejos y se alejó para nunca más volver a donde encontró a ese extraño ratón.



FIN



René Francisco Andrade

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Julissa Carrillo
(Guatemala, 1989)



Nació en Antigua Guatemala, Guatemala en 1989. Inició en el mundo de las letras a una corta edad, motivada por su padre, quien era un escritor aficionado. Desde joven se preparó para ser escritora e inició su carrera literaria en el periodismo y en la Escuela de Escritores de Madrid. Hace dos años publicó su primera colección de libros infantiles “Las Aventuras de Nico y César”, inspirada en sus hijos; y recientemente la novela, “Luciérnagas Misteriosas”.



Historias por la noche

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



MICAELA



Bueno Micaela, tengo que contarte tu historia, que ha estado guardada en la penumbra de mi memoria, esperando para ser narrada. Era una noche caliente de verano, el aire se sentía espeso, yo aguardaba en la habitación, ansiosa, alumbrada solamente por la tenue luz de una vela gastada, la ventana estaba abierta pero el cuarto seguía sintiéndose asfixiante. Oía murmullos en la otra habitación, me acerqué a la puerta medio abierta y vi, admirada, la imagen de tu madre dando a luz, en cuclillas, con una trenza desparramada en su hombro. Tenía un trapo en la boca apretado por sus dientes y su cuerpo lleno de sudor. Con ella estaba la comadrona, doña Elvira, quien asistía los partos de todas las criaturas en Santa Clara. Esta doña Elvira era una mujer de apariencia débil y canosa. Todo el tiempo estaba acompañada por un olor a hierbas y humo. De esto han pasado ya casi 40 años, pero todavía recuerdo a esa mujer con sus largas faldas negras, que me obligaba a ayudarla a asistir los partos de algunas de las empleadas de la hacienda,

a escondidas de mi padre, por supuesto, quien de haber sabido esto la habría mandado a quemar. Eran otros tiempos, cualquiera que curara con hierbas o hablara de magia era bruja y la mandaban a la hoguera.

Doña Elvira era respetada y temida por sus hechizos y conjuros. Nadie la veía directamente a los ojos. Sus pies arrastraban muchas historias... Te ves ansiosa, Micaela, ten paciencia, a mi edad la mente me juega muchas vueltas.

Tu madre, Elena, tenía el pelo fino, largo y negro. Era delgada y pálida. Nunca supimos de tu existencia hasta que tu madre, a la hora de la cena dejó un charco de agua en su silla. Mandaron a llamar a doña Elvira y a todos los patojos nos mandaron a los cuartos a dormir. La imagen de tu madre se quedó grabada en mi mente, incrustada en mis pensamientos. Es como si la estuviera viendo otra vez en su dolor. Luego de unos cuantos pujones apareció lo que parecía una cabeza peluda. Eras tú, chiquita y arrugada, roja y peluda, y a los ojos de tu madre eras la criatura más linda de la tierra. La comadrona era quien ponía los nombres a los niños, por eso en Santa Clara habíamos muchas Marías, Rosas, Pedros y Franciscos, pero tú fuiste la excepción. Cuando tu madre te puso en su pecho por primera vez, dijo que te llamarías Micaela. Feo nombre para una criatura, pero iba con tu apariencia. Mi padre subió rápido cuando se enteró de que ya había nacido su primer nieto. Bajó desilusionado al ver que era mujer. Creo que ahora ya no se arrepiente que no te pudiera llamar Rodrigo, como él siempre deseó, porque el poco tiempo que estuviste con nosotros, él te trató como si fueras hombre.

Lástima que no pudiste conocer a tu mamá. Era como tú, no se quedaba callada nunca, lo preguntaba todo. Algunas personas no nacemos para estar aquí mucho tiempo. Ese era el destino de tu mamá, estar contigo momentáneamente. Al morir ella, yo era la más grande de las hijas y la locura de mi mamá le impedía hacer el trabajo de madre, así que tuve que empezar a criar un bebé. No sabía qué hacer, pasabas con hambre y sucia mucho tiempo. Yo te dejaba en tu moisés y me iba a cabalgar. Cuando la *nana* se dio cuenta, ella decidió cuidarte. Pero un día, al regresar, me dijeron que te habían llevado. No me dijeron quién. Y así fue como llegaste y te fuiste de mi vida, como la luz de las estrellas fugaces en el cielo.

ÍND

GUA

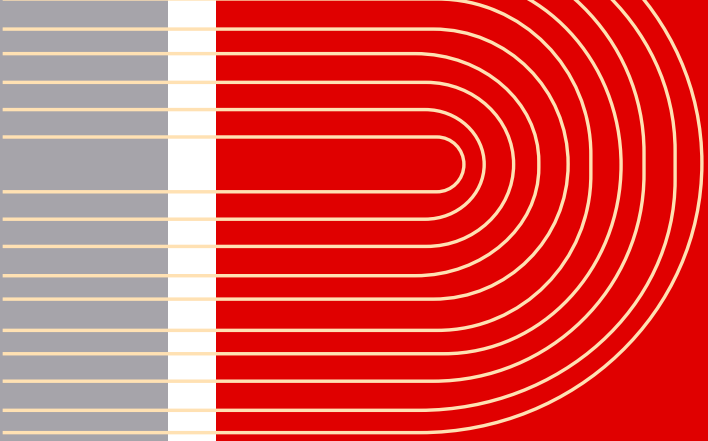
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



— FIN —



Julissa Carrillo

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Lucía Lucrecia Culum Ixcayá
(Guatemala, 1994)



Maestra guatemalteca, estudiante de la Licenciatura del Lenguaje y la Comunicación en la Universidad Galileo de Quetzaltenango, Guatemala. Hizo estudios de creación literaria en el año 2020.

ÍND

GUA

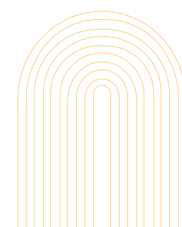
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





ANDRÉS



Todas las tardes salía con sus amigos para lastimar a quien se le cruzara en el camino. Desde que sus padres fallecieron a causa del alcoholismo, Andrés se convirtió en el demonio de la aldea. Después de tomar lo ajeno comía hasta saciarse; luego, a nadar al lago Atitlán.

Quedó desamparado a los 11 años. Le atormentaba ese recuerdo, cuando una noche lluviosa los vecinos murmuraban la muerte de sus padres. Los encontraron acabados en medio de un sendero oscuro, junto a varias botellas de alcohol. En ese instante de confusión, el odio llenó su corazón y sus pensamientos. No derramó ni siquiera una lágrima, ya que jamás sintió el abrazo de un padre ni el cariño de una madre. En algunas ocasiones añoraba un juguete y varias veces procuró entretenerse con los niños de su sector, más nunca le hablaron porque era muy impetuoso.

Al cumplir los 12 años se integró en una pandilla de adolescentes. Muy pronto pasó a ser el cabecilla, ¡¿a tan corta edad ya tenía registros penales?! Por eso, la Trabajadora Social de la Municipalidad lo llevó varias veces a tal circunstancia; sin embargo, siempre se escapaba.

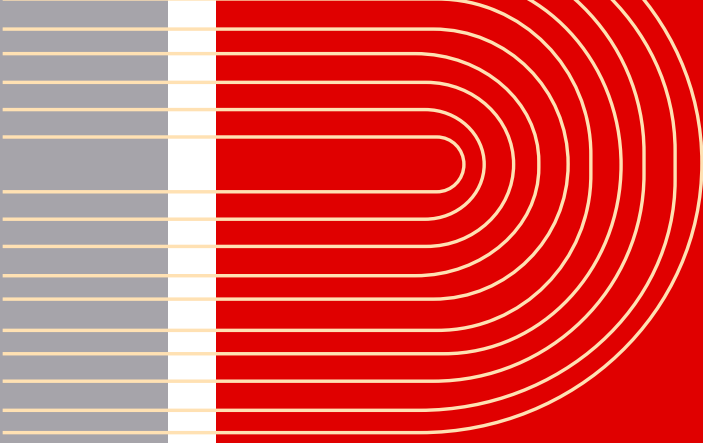
Parecía disfrutar herir a la gente vulnerable. Maltrataba sin compasión a los perros callejeros. ¡Era temido por la gente!, excepto Laura, una chica de cabello largo, con ojos grandes y negros, idéntica a la madre de Andrés.

Todas las noches Laura se sentaba, taciturna, a la orilla del camino, solo para presenciar los malos actos de Andrés. No entendía por qué él era así. Sus ojos grandes hacían que quienes la miraban se quedaran atónitos, pero a la vez reflejaba tristeza y dolor en su mirada.

Un día ella se le acercó y lo abrazó sigilosamente. En ese instante las palabras se encontraron suspendidas ante esa demostración de cariño, luego lloró y suspiró profundo. Después de que el silencio se apoderara del sitio, ambos, acongojados, se contaron la desdicha de su niñez. Laura había sufrido varios años

de abuso sexual de parte de su tío y eso hacía que Andrés viera en ella la imagen de su madre. Por lo mismo, él comprendió que no era el único que luchaba contra los monstruos del pasado, así que corrió y corrió hacia la orilla del lago, intentando buscar respuesta a ese sentimiento que aceleraba los latidos de su corazón. Estaba decidido corregir su actitud. A pocos pasos de llegar a su destino, los chicos de la otra banda estaban teniendo un enfrentamiento con los compañeros de Andrés. Sin ser advertido lo atacaron, ¡pum!, se golpeó la cabeza.

Esa tarde de abril el sol se ocultó apresurado y el cielo se opacó... Andrés ya nunca más volvió a abrir los ojos.



FIN



Lucía Lucrecia Culum Ixcayá

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

MÉXICO



Carmelita Gómez Bravo

Rosa María Romero de la Cruz

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Carmelita Gómez Bravo

(México, 1959)



Médica Tijuanaense. Desde niña destacó en redacción literaria. Miembro de la Sociedad de Poetas Escritores y Artistas de Baja California. Miembro de la Academia Latinoamericana de San Luis Potosí. Autora del libro MOMENTOS MÁGICOS. Coautora de quince antologías poéticas y de narrativa. Los Versos del Corazón, primer lugar en el concurso Mi Corazón Canta. Canción Con aroma de café, seleccionada para el concierto: Tijuana y sus compositores. Desde el Alma, poema galardonado en Ecuador.

ÍND

GUA

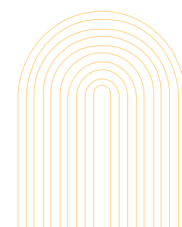
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



EL ÁRBOL NAVIDEÑO

La ciudad estaba pintada de colores. Semejaba una obra del fovismo. Esa tarde de diciembre salimos, mis hijos y yo, a buscar nuestro pino navideño. Todo estaba repleto de sitios dedicados a su venta. Había arbolitos de todos los colores imaginables: rosa como algodón de azúcar; amarillo canario; azul cielo; blancos, como helados de sabores: de coco; limón; piña; fresa; zarzamoras; pistacho, *tuti frutti* y hasta de oro y plata.

Siempre me preocupó la tala indiscriminada de árboles, las sustancias químicas con que los decoraban en la época navideña y la contaminación del ambiente. A pesar de eso, yo acostumbraba a adquirir un árbol cada año. Lo colocaba en la sala de mi casa, siempre lo conseguía natural, verde, en contra de las creencias de mi esposo, que se quejaba de alterar la naturaleza. Solía decirme: “No sé, para qué las personas ponen árboles, es una pérdida y han sucedido muchos incendios por eso; además, deben estar llenos de arañas”.

Cada año era lo mismo. Yo fui muy feliz con esa tradición. Me encantaba la época navideña. Guardaba recuerdos imborrables de mi niñez. De mi vida entera. Me gustaba el olor del pino fresco impregnando nuestro hogar. Disfrutaba aspirar profundamente ese aroma

y que llegara a lo más hondo de mi memoria. Quería que mis hijos tuvieran los bonitos recuerdos, como yo los tenía, de las fiestas de diciembre, así que ignoraba las constantes críticas que manifestaba mi marido cada año y por eso no lo invitamos a comprar el árbol.

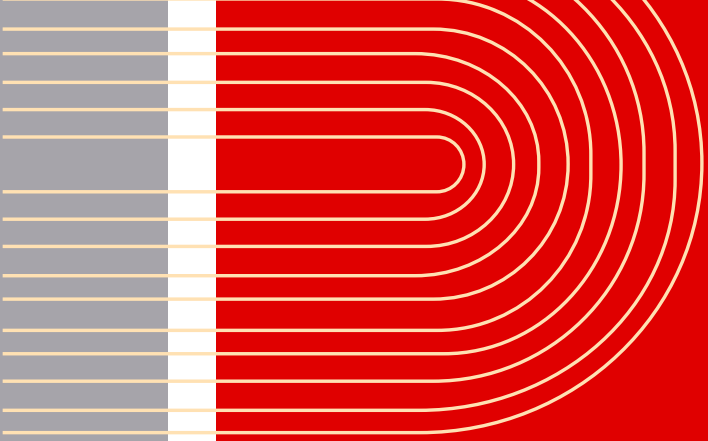
Después de buscar mucho encontramos el ideal. Fue una araucaria de forma muy estética y de altura apropiada. Lo subimos al carro después de comentar con el encargado acerca de posibles arañas, a lo que nos contestó que los fumigaban y que no existía ese peligro. Recuerdo que había oscurecido. Al bajar el pino del auto estábamos solos los niños y yo.

Me sentía culpable de participar en la deforestación. Tuve la sensación de que era la única responsable de poner en riesgo a mis pequeños hijos por seguir ideas caprichosas. Antes de meterlo a mi casa recordé que, al conocer a Jorge, me impresionó su inteligencia. Era muy lógico lo que él decía. El pino procedía de algún bosque y recordé las anécdotas de mi querido tío Adel Samahá, minero y cazador experimentado que un día nos relató cómo, al poner la leña al fuego en la chimenea, veía las sombras de las viudas negras en el techo de su cabaña, en la sierra bajacaliforniana de San Pedro Mártir, donde abundaban los abetos.

Decidí sacudir el árbol antes de entrar a mi condominio. Lo tiré al suelo desde su propia altura y nada, no salió nada. Una y otra vez, cada vez con mayor fuerza. No quería llevar a mis hijos por la vida con creencias equivocadas que pudieran lastimarlos, así que busqué estar tranquila, segura de meter aquello en mi casa, sin peligros para mi familia.

Azoté de manera frenética el árbol contra el suelo hasta que me cansé. Después de tirarlo más de una docena de veces contra el piso, salió velozmente a quien llamé la araña madre, una araña enorme y negra como el carbón, luego el esposo, la abuela, las tías, toda la familia y decenas, cientos de pequeñas arañas invasoras corrían despavoridas en todas direcciones, desparramadas por los mosaicos del patio central del edificio donde vivíamos. Desde arriba se apreciaba a las arañas en conjunto, conformando una araña gigantesca en movimiento, tal como un dron lo mostraría en los desfiles de inauguración de las olimpiadas en donde los acróbatas forman figuras, cambiando constantemente a otras formas.

Agradecí no haber metido eso bajo mi techo y así fue como terminé con la tradición y el mito de que para tener un ambiente navideño feliz, debía tener un pino natural. Nunca volví a comprar uno. El espíritu navideño lo da el compartir la paz y el amor con nuestros semejantes.



Carmelita Gómez Bravo

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Rosa María Romero de la Cruz

(México, 1980)



Nació en Linares, Nuevo León, México. Miembro activo de la Academia de Literatura Latinoamericana. Coautora en las antologías “Claroscuros del amor”, Coloquio Internacional de Mujeres Escritoras “Sin Maquillajes”, “Serpientes y Escaleras”, “Desahogo”, “Actuales Voces Literarias de Latinoamérica”; todas, de editorial Pandero Cultural. Presente en IV Encuentro Internacional de Poetas y Escritores “Poetas somos y verseando andamos”, Coloquio Internacional de Mujeres Escritoras “Conspiradoras”. Coloquio Internacional de Poetas y Escritores “Conspiradores”. Agradecida siempre de coincidir contigo.

ÍND

GUA

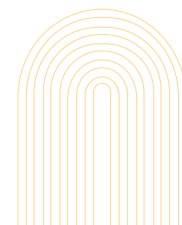
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



EL ÚLTIMO BOTÓN

Carolina Díaz había caminado varios kilómetros, a tal punto de que le sangraban los talones. Era tanto el cansancio, que sentía el palpitar de su corazón en la boca, las piernas temblorosas y los oídos con sordera. Se detuvo en una vereda, cortó parte de la tela de su falda floreada, hizo dos pedazos rectangulares de ella y se amarró cada uno de sus talones. Estaba exhausta. El horizonte se le hacía infinito, pero tenía que llegar. Un hilo de sangre se asomaba en su pierna izquierda por la parte de atrás, a la altura de la coyuntura. Se había lastimado con una rama seca espinada al tropezar y caer sentada cuando arrastraba un neceser y el costal pesado que llevaba cargando. En el camino había intentado pedir aventón, pero nadie se detuvo, los autos pasaban como si ella fuera invisible.

Era una mujer que se ganaba la vida recogiendo botellas, tapas de plástico, aluminio y frascos de vidrio. Había consolidado un pequeño negocio formado con desechos de otras personas. Su destino de vida había apuntado hacia otro lado, pero las desacertadas decisiones la llevaron a donde estaba. Tenía ojos grandes y expresivos, cabello ondulado y unas piernas

largas como cañas. Era muy linda, tenía un encanto excepcional y una ternura en su voz que hacía voltear miradas; y aunque su cuerpo era delgado y espigado, aparentaba que era débil, lo contrario a lo que estaba demostrando. En ese instante quería llorar. El sentimiento que le oprimía el pecho era un cóctel de desasosiego, tristeza y rabia.

Caminó dos kilómetros más hasta llegar a un pueblito y decidió descansar ahí. Se atrevió a buscar una posada y echar la moneda al aire, ya que por el aspecto desaliñado que presentaba, difícilmente la aceptarían, pero como llegó en el cambio de horario de recepcionista, no le pusieron traba alguna, ni siquiera le dieron atención al costal que traía. Pagó el hospedaje exacto por un día. La habitación que le asignaron estaba en la planta baja. Era la habitación número cien. La posada era un edificio viejo, acondicionado como hotel, que tenía las paredes resquebrajadas y húmedas. A pesar de que era económico, estaba limpio. A ella le daba igual.

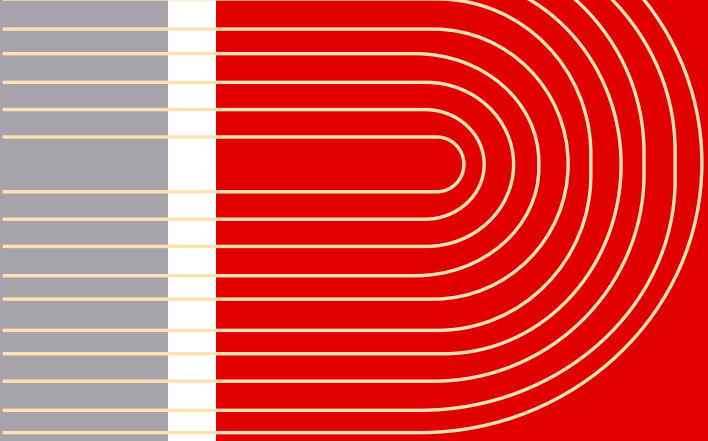
Entró en la habitación, puso el costal a un lado de la cama, suspiró, buscó la ducha y se quedó veinte minutos remojándose los talones, los lavó cuidadosamente con el jabón que había y los secó. De sus pertenencias sacó un bote de alcohol y crema de lavanda. En vida su madre le decía que toda herida sanaba con lavanda, así que se untó la crema. De la herida de la pierna ni siquiera se acordó. Se tiró en la cama a descansar. Tenía hambre, pero su cuerpo le reclamaba más dormir. Cayó en seco, como roca, aun cuando sus pensamientos estaban deshilachados.

Cinco meses atrás había salido con su único hijo de nueve años, Dante. Fueron a buscar ropa nueva para el festival del día de las madres, que se haría en la escuela. Su hijo

nació de una relación no grata que mantuvo con un hombre ludópata, diez años menor que ella. Habían desfilado por su vida decenas de pretendientes gallardos y de gran estabilidad económica, pero fue Óscar Porras, un hombre bien parecido, quien la enamoró. Habían terminado mal, él la maltrataba físicamente y todas las ganancias de las ventas de su negocio se las quitaba para gastarlas en apuestas de carreras de caballos, juegos de cartas y peleas de gallos. Carolina lo corrió cuando en una ocasión de milagro quedó viva por una golpiza que le propinó después de que llegara molesto porque perdió dos días seguidos en las apuestas. Ella se armó de valor y lo echó de casa con amenazas y machete en mano. Ese mismo día se dio cuenta de su embarazo. Decidió educar a su hijo sola y el niño creció con la idea de que su padre estaba muerto.

Llegó el día del festival en la escuela. Ambos estaban ansiosos y con mucha emoción. Carolina se había dado a la tarea de arreglarle la camisa a Dante, puesto que le había quedado un poco holgada. Quería que su hijo luciera lo mejor posible. Se presentaría con el grupo de la escuela cantándole a ella. Anticipaba un gran regocijo, pues adoraba a su pequeño. Se disponía a coserle el último botón a la camisa. Cuando levantó la mirada, frente a ella, de repente, Dante se desplomó y cayó a sus pies. Fue algo fulminante, injusto e inexplicable. ¡Se fue!

A las siete de la mañana Carolina abrió los ojos en esa habitación barata. Se estaba preparando para seguir avanzando. Se sentía como nuez vana, no tenía idea de lo que le esperaba. Necesitaba coser el último botón de la camisa de su hijo, pero ya no tenía ni la camisa ni a su hijo, sólo le quedaba su falda floreada, rota, a la que se aferraba. Tenía que continuar cargando. Se preparaba para buscar; para encontrar una respuesta, sabía que cargaría el costal por siempre.



ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

FIN



Rosa María Romero de la Cruz

COLOMBIA



Carolina Benavides Sánchez

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Carolina Benavides Sánchez
(Colombia, 1984)



Actriz de oficio. Desde temprana edad, amante de la lectura y la escritura. Participante de diversos concursos y talleres de cuento y demás géneros literarios.

ÍND

GUA

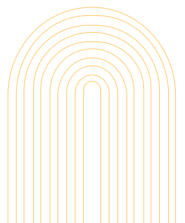
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





LILA



Me hallaba sumergida dentro de mis pensamientos cuando noté que ya varias veces había escuchado el estribillo de la canción de Helenita Vargas

“cómo quisiera que me comprendieras, y que al fin sintieras lo que yo por ti, ya no seas así y dime que sí...”

Tenía yo diez años y a través de las experiencias de mi hermana iba conociendo, de lejitos, dos versiones de ese bichito que llaman “amor”. Primera, la Inés radiante de felicidad seis meses atrás cuando conoció a Antonio, el hijo del carnicero del barrio San Nicolás. Esto me evitaba los mandados cuando de comprar carne se trataba. Segunda, cuando llegó la desilusión porque Antonio se fijó en otra muchacha, *jum*, ahí salió la versión oscura de Inesita y ahora la de los mandados era yo.

Inés era una mujer muy orgullosa y eso me gustaba en ella. Podía estar muriéndose por dentro y aun así salía digna. Pasaba por donde Antonio con altivez y por nada del mundo volteaba a mirar. Eso sí, después, cuando llegábamos a la casa me atacaba con preguntas:

¿estaba ahí?, ¿se quedó mirando?, ¿cómo me miró? Y yo sin saber qué responder... porque a mí lo único que me robaba la respiración en ese momento, cuando pasaba por la carnicería, era ver colgado ese tocino cortadito a cuadritos.

—Ehh, sí, sí...

—¿¡Sí, sí qué, Raquel!?

—Ayyy, pues que sí, se la quedó mirando...

—Pero, ¿cómo me miró?

—Ay no sé, pues con los ojos...

—Uyschh, eche pa´dentro atembada, que para nada le dije que me acompañara.

Yo, en cambio, estaba ansiosa porque pronto llegaría septiembre y el árbol de mango del patio de mi casa y el guayacán de los vecinos florecerían, estarían a reventar.

Me gustaba esa época del año, ver caer todas esas flores lilas encima de nuestro árbol de mango me parecía romántico, o bueno, eso le escuché decir una vez a Inés.

Mi casa era un matriarcado. Mi abuelo había muerto y nuestro papá parece que un día se aburrió de ser papá y se fue, así sin más; pero yo era feliz así, mi mamá hacía bien su trabajo y junto con mi abuela nunca permitieron que nada nos faltara. Ellas salían a vender legumbres a la galería y con Inés nos encargábamos de la casa.

Ese viernes de septiembre estaba yo en el patio, mirando el árbol de los vecinos, a la espera de que cayera la primera flor lila para recogerla y guardarla en un libro de poemas que me había regalado Inés; ella decía que eso también era muy romántico, que un día yo me iba a enamorar y tenía que ir aprendiendo desde ahora.

*“Yo me conformo con besar tus labios y estar en tus brazos en la intimidad,
no te pido más, no te pido más...”*

Otra vez esa canción, pensé, sin dejar de mirar el árbol...

—¡Raquel! —ahí estaba Inés de nuevo...

—¡Quééé!, —le contesté, molesta porque me iba a perder ese momento tan fantástico entre el guayacán y yo.

—Andá al tocadiscos y me ponés el otro LP y de una vez me traes el vino de manzana que mi mamá tiene en la nevera.

Rezongando, me fui por el vino y a cambiar la canción. Por lo menos ya no iba a escuchar el mismo *siriri*, ahora sería otro... Fui a la cocina, saqué el vino, pasé por un pequeño solar que había en la mitad de la casa donde estaba el tocadiscos y comenzó a sonar la canción que se iba a escuchar por lo menos por el próximo mes. Claro, esto mientras no estuviera mi mamá ni mi abuela.

Cuando llegué donde Inés, estaba en la sala mirando por entre las cortinas hacia la calle y llorando. Se apresuró a tomar el vino a pico la botella, como si estuviera tomando

agua. Yo me acerqué a la ventana y con cuidado abrí las cortinas para saber qué era lo que había visto.

“Usted es un mal hombre sin nombre señor, usted es un canalla que abandona sin razón, es el fiel prototipo del cinismo y del rencor...”

Se escuchaba al fondo, era la nueva canción que había puesto para ella.

No entendí nada, no pasaba nada en la calle, no entendía el porqué de ese llanto que le salía desde las entrañas. Luego supe que es el llanto de una persona cuando es burlada y engañada.

Esperé un poco más y vi que en la casa amarilla diagonal a la nuestra se encendieron las luces y al abrirse la puerta iba saliendo Antonio, terminando de acomodarse el pantalón y despidiéndose de la vecina, con un gesto de complicidad. Cerré las cortinas sin saber qué hacer. De pronto escuché un ruido en el patio. Había caído el primer mango y eso quería decir que también había caído la primera flor lila... Salí corriendo y pensé en regalarle esa primera flor lila a Inés, porque sería un lindo gesto que la haría sonreír de nuevo.

Al llegar, efectivamente, estaba el mango en el piso. Me apresuré a levantarlo. Pero, ¿y la flor? pensé.

—¿Buscas esto? —Me preguntó un niño de mi edad, con la flor lila en la mano, mientras se asomaba por el muro del patio que me separaba de su casa.

Al verlo sentí un corrientazo pasar por todo mi cuerpo. Sin entender el porqué de mi reacción, el mango cayó al suelo.

—¿Cómo te llamas? —dijo sonriendo y con la flor en la mano.

Le respondí después de un pequeño silencio, intentando desenredar las palabras de mi boca.

—Me llamo Raquel.

—¡Ah, bueno! yo me llamo Francisco. Vea Raquel, le voy a tirar la flor en este avioncito de papel que yo hice.

Recuerdo que me quedé sin habla y solo pude sonreír. Lo echó a volar y aterrizó, como dirigido por el destino, en mis manos. Llegó con su aroma y sentí que ese olor impregnado en mí.

—Bueno, entonces me voy chao —dijo como si nada. Y yo sin saber qué decir lo detuve diciéndole:

—Vea, ¿a usted le gusta el mango?

A lo que Francisco también respondió con una sonrisa... Lo recogí y lo limpié con el revés de mi vestido, y mirándolo fijamente a los ojos, se lo lancé.

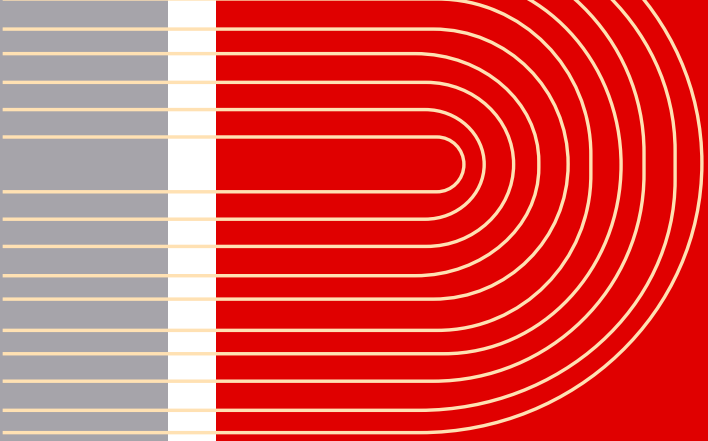
—Gracias, Raquel, mañana, si quiere, a esta misma hora vengo y le tiro otra flor y usted, si quiere, me regala otro mango... yo escojo una flor bien bonita y usted me guarda el mejor mango, ¿listo? —me dijo, guiñándome el ojo y desapareció.

—Listo —respondí, ya habiéndome quedado sola.

Hoy en tu tumba caen estas bellas flores lilas que tanto nos encantaban Inés, hermana de mi alma, tuve toda la intención de regalarte la primera flor que cayera de ese guayacán aquella vez, pero en ese instante se atravesó el amor en mi existencia. Francisco me hizo experimentar esa sensación de vida de la que tú tanto me hablabas y que yo, a esa corta edad, no entendía.

—¡Ay! Raquel —me decías—, mirá, el día que te enamores, vas a sentir como un golpe de energía por todo el cuerpo cuando veas a esa persona. Vas a sentir que el tiempo junto a él se va a ir volando, querrás verlo con cualquier excusa, y el solo hecho de verle te va a causar felicidad. Mejor dicho, es una sensación de plenitud.

¿Plenitud? Ahora que ya amé y sufrí, hermana, entendí todo lo que me decías. Ya sé cómo era ese dolor que te embargaba aquella tarde cuando viste entrar a Antonio en aquella casa amarilla. Por eso quise que fueras enterrada bajo este árbol de mango, porque Francisco, al igual que Antonio, también me mostró las dos Raqueles que habitaban en mí. Así que decidí que fueras tú, hermana bella, quien de ahora en adelante recibieras cada año esa primera flor lila. Eres y serás por siempre mi flor lila favorita.



ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

FIN



Carolina Benavides Sánchez

BOLIVIA



Amilkar Jaldin Rojas

María Fernanda Tapia Izquierdo

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Amilkar Jaldin Rojas
(Santa Cruz, Bolivia 1956)

Autor de los poemarios Llave de agua (2017), la plaquette A luz un mundo (virtual, 2020) y Cosas en su sitio (2022). Sus cuentos están publicados en Taller del cuento nuevo (1986); Cuentos bolivianos (1996); Había una vez... (1997); Árbol (2017), El olor de los cerezos (2018) y la antología digital de la Sociedad Cruceña de Escritores Germán Coimbra Sanz Cuentos y poemas de la cuarentona en la cuarentena (2020).



ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG





CHIRRIDO



—¿Y? —pregunta el hombre, con una voz aguda, arrastrando la palabra, prolongando el sonido de la “i”.

La mujer responde entregándole el sobre que lleva el membrete del laboratorio de análisis clínico. El hombre no hace el menor intento de agarrarlo, deja de pisar el freno y acelera. Con cuidado deja que el automóvil avance despacio por una de las callecitas laterales de la avenida Busch. Finalmente lo estaciona a la sombra formada por los árboles de mangas que crecen a ambos lados de la calle. Forman una especie de cueva o de túnel verde.

—Decíselo de una vez antes que se dé cuenta —dice el hombre—. Ahí podría empezar a sospechar.

—Digámoselo juntos...

—Se va a poner contento, será su primer nieto... Perdón, quise decir, su primer hijo.

—No te hagás la burla.

—Perdoná... Solo tenés que decirle que estás embarazada... ni eso, entregale los resultados del laboratorio y ya. Nada más. No tenés que aclarar nada. Él no tiene la mínima sospecha.

La mujer lo mira y consulta su reloj:

—Ya debe estar en casa esperándome para almorzar.

—¿Y? —otra vez suena chillona la voz del hombre.

Ahora es él quien mira el reloj. Arranca el auto mientras habla:

—Yo tengo un amigo médico...

—Callate —lo corta tajante la mujer—, esa no es opción.

Empalidece. Una arcada le impide seguir hablando. Se lleva las manos a la boca para contenerla. El hombre se asusta y también pierde el color:

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada... sentí un olor a queso que me descompuso. Ya pasó. Tenés que bajarte conmigo, se lo diremos juntos.

—Vos sabes que no puedo. Soy el gerente de la compañía porque soy su hombre de confianza. Él hace un gesto y estoy afuera.

Siguen en silencio hasta que el hombre frena el auto frente a la casa de la mujer. Ella desciende. Antes de cerrar la puerta del auto, dice:

—Bajate —. El hombre solo mira al frente. La mujer insiste:

—Bajate —. El hombre no hace ningún ademán. La mujer mete la cabeza por la ventanilla del automóvil. Grita:

—Con vos o sin vos igual se lo tengo que decir. Sos una rata.

Ya no hace ningún intento para frenar el vómito.

ÍND

GUA

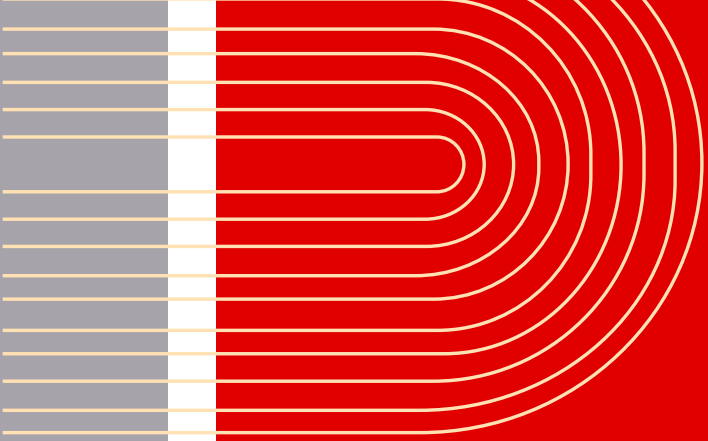
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



FIN



Amilkar Jaldin Rojas

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



María Fernanda Tapia Izquierdo
(Bolivia, 1989)



Médica Cirujana egresada de la Universidad Mayor de San Simón, con especialidad en Ginecología y Obstetricia, con Post-grado en Ultrasonografía General, Endocrinología Ginecológica, y Colposcopia, amante de la lectura, de las historias de fantasía y mitología y escritora amateur. Su primera publicación: El aprendiz.

ÍND

GUA

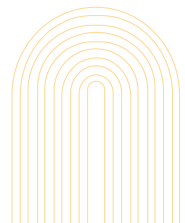
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





EL APRENDIZ



El cielo estaba inquieto. Las nubes tormentosas amenazaban con desparramar una fuerte lluvia. No se lograba ver una sola estrella esa noche; sin embargo, la Luna estaba más grande e imponente que nunca. Parecía ser el único astro en hacerse respetar. Ni una sola nube negra osó pasar por delante de ella. La magnitud con que esa noche brillaba era un claro indicio de que algo serio estaba por suceder.

La lluvia no se dio a esperar, muy pronto los relámpagos iluminaron todo el bosque, los truenos retumbaron fuerte y estruendosamente. Yo tenía un nudo atascado en el pecho. Me sentía acongojado y extrañado por la situación. Me tocaba vigilar y esperar. Caminé, impaciente, de un lado a otro. Estaba ansioso, sabía que esta “paz” pronto se terminaría, me detuve en seco cuando mi aguzado oído escuchó el llanto de un bebé. Una sonrisa melancólica se dibujó en mis labios. Sentí miedo, lo peor estaba a punto de comenzar.

El aura de todo el lugar cambió drásticamente. Tenía la total seguridad, yo no era el único en percibirlo, aquella energía espiritual estaba fuera de lo normal, era fácil de distinguir

a kilómetros de distancia, como un pequeño y molesto imán para nuestros enemigos. Podía sentir cómo una dura lucha se nos venía encima. Estaba atento, tenía la espada lista y empuñada en la mano izquierda, esperando cualquier ataque sorpresa.

—¡Es una niña! -era la voz de mi maestro Sebastián, salió del cuarto continuo, le dediqué una sonrisa torcida—. Se parece mucho a Amelí— concluyó. Me sentía molesto, mantuve la mirada fija en el horizonte.

—¿Cómo está?, —pregunté, después de varios minutos en silencio. Me refería a Amelí, obviamente. Ella, siempre dulce y amable, con un corazón compasivo y rebosante de amor cuidó de mí cuando no era más que un niño pequeño que se quedó solo en este mundo. Sentía un gran cariño y respeto hacia ella.

También Sebastián inspiraba ese sentimiento familiar. Más que un maestro y superior, era como un padre. Tenía tanto que aprender de él, de su sencillez, de su sabiduría, de su compasión por los demás, pero sobre todo de la capacidad que tenía para perdonar a quienes le hicieron daño. Aunque físicamente intimidaba a cualquier criatura, ya que era muy alto, con un cuerpo musculoso y cubierto por su acostumbrada armadura blanca y dorada. Tenía siempre su filosa espada mágica de oro celestial al cinto. Su piel era de un tono claro. Tenía varias cicatrices en el rostro que le daban un aspecto fiero. El color de su cabello era de un castaño oscuro ondulado. Sus ojos azul cielo que reflejaban paz, pero al mismo tiempo inspiraban respeto.

—Un poco débil, pero afortunadamente todo salió bien —anunció mi compañero. Sonreí ampliamente ante la noticia. El saber que ella estaba bien me daba una paz interior renovada.

—Aún no cantes victoria, debemos protegerla ahora más que nunca, es el momento perfecto, el momento que Él, escogerá para atacar.

El tono de su voz era sombrío, asentí con timidez y me embargó la inseguridad, ¿Por qué Amelí me escogió para protegerla?, yo era solo un flacucho adolescente de 13 años con básicos conocimientos de batalla, con una magia muy desorganizada. Junto a Sebastián me sentía como un insignificante insecto.

—Lo sé, estaré atento—. Mi maestro se acercó hasta donde me encontraba, puso una mano sobre mi hombro de manera fraternal, me dedicó una sonrisa cálida. —Ella quiere verte, por favor no seas grosero —me rogó. Solo él sabía lo impulsivo y testarudo que llegaba a ser cuando estaba en desacuerdo con algo.

—No soy grosero, ¡soy realista! —me defendí—. Cuando presiento algo, usualmente ocurre, lo sabes.

Sentí su mirada fija en mí por varios minutos, finalmente desistí de refutar, completamente intimidado.

—¡Está bien!, no le diré nada a ella. — Aprobó mi sentencia satisfecho, tomó mi puesto de vigilancia, caminé lentamente hacia la habitación de aquella cabaña en la que nos

encontrábamos. Era bastante humilde, alejada del mundo, a varios kilómetros de la civilización. Escondido en el corazón del aquel bosque tan peligroso, todo ello con el único objetivo de proteger a Amelí. Toqué la puerta con suavidad.

—Adelante. —Su voz cantarina me hizo responder con un poco de timidez. Atravesé la habitación lentamente hasta llegar a donde ella se encontraba. En efecto, parecía estar débil. Su rostro delicado y fino se veía muy pálido; sus labios, generalmente rosados, estaban blancos; el cabello castaño oscuro, usualmente bien arreglado, se encontraba desorganizado; sin embargo, sus ojos grises brillaban como nunca, simplemente lucían radiantes, se veía feliz, indescriptiblemente contenta pese a no ser su mejor momento, simplemente era hermosa, extendió su mano hacía mí. Aquel gesto me dio la confianza que me faltaba para acercarme. Me dedicó una de sus sonrisas llena de dulzura.

—Mi Niño, no sabes el gusto que me da que estés aquí.

—Siempre, para lo que necesites —dije en un susurro. Mi corazón latía aceleradamente. Me acerqué un poco más para ver a la bebé. Estaba cubierta por cobijas blancas. Amelí me miraba nerviosa, en completa incertidumbre sobre cuál iba a ser mi reacción. Después de todo la existencia de ese bebé era un completo error. ¿Cómo sería de mayor? ¿Tendría la ternura de su madre o la demencia de su padre? ¿Sería un ser de luz o se vería envuelta en magia negra y oscuridad? ¿Sería un aliado o un peligro para quienes la rodeasen? Eran tantas las incógnitas en mi mente. Dubitativo me acerqué un poco más y pude ver entonces su pequeño rostro, la tez morena, su cabecita cubierta por un cabello corto y fino de color negro azabache, los ojos estaban cerrados en aquel momento, tenía unas largas pestañas y

las mejillas sonrojadas, sus labios eran pequeños y rosados. Hizo una mueca graciosa con los labios, sonreí, y con un gesto tan pequeño desapareció todo el odio que injustamente sentía por ella.

—¿Puedo? —Pedí con timidez. Amelí sonrió y me entregó a su bebé, tan pequeña y frágil. Me invadió el repentino temor de lastimarla. Me sentí grande y torpe junto a ella. Era tan parecida a su madre, quizá y solo quizá no había heredado nada de su padre. Con un dedo acaricié la mejilla de la pequeña. Su piel era cálida, su respiración era calmada, mi corazón agitado latía al mismo ritmo que el suyo, toda la angustia, desconfianza y temor que sentía desaparecieron por un instante, una inmensa calidez recorrió por todo mi cuerpo y pude comprender el sentimiento que Sebastián tenía por Amelí, deseaba proteger a aquella bebé de todo mal, costase lo que costase.

—Es hermosa, ¿no lo crees? —dijo cautelosamente Amelí, plenamente consciente de lo que pensaba de esa bebé, sabiendo que fui yo su enemigo número uno antes de nacer. Asentí con firmeza.

—Es tan pequeña —comenté, sin quitar la vista de la recién nacida.

—Tan pequeña y con una carga tan grande sobre sus hombros.

Su voz se tornó melancólica, me dirigió entonces una mirada cargada de súplica

—Cuídala, protégela, guía siempre su camino hacia la luz.

Aquellas palabras fueron repentinas, entonces la miré fijamente a los ojos. Nuevamente estaba molesto.

—¿Por qué me pides eso? Tú estarás a su lado para guiarla por el buen camino.

Sentí cómo mis ojos se llenaban de lágrimas al comprender el trasfondo de sus palabras. Ella simplemente me miró con tristeza.

—Nicolás, mi niño, lamento que tengas que crecer tan pronto y lamento mucho más involucrarte en esto, pero sé que comprendes la situación mejor que yo, incluso mejor que Sebastián. —Tomó aire un segundo— Los hijos de la oscuridad ya deben estar en camino, son guiados por el poder espiritual de la bebé y en las condiciones que me encuentro difícilmente lograré escapar...

—¡NO!, no puedes rendirte tan fácil —exclamé molesto, interrumpiendo su oración.

—¡Jamás me rendiré!, lucharé hasta el último momento —dijo con firmeza, entonces comprendí, “difícilmente lograría escapar viva”, negué rotundamente, ¡No quería!, simplemente no deseaba perder a mi familia.

—¡Prométeme que cuidarás a Helena! —Su voz era un ruego. Me sequé las lágrimas con una mano.

—¡Lo prometo! —grité. Solo entonces su semblante se llenó de paz. Miré a la bebé, Amelí la llamé Helena, igual que mi difunta madre.

—¡Debemos escapar!, un ejército de por lo menos 50 hijos de la oscuridad está en camino. —Miró con verdadera preocupación a Amelí.

—¿Estás seguro de que tomaron nuestro sendero? —Cuestioné, con un tono angustiado. ¿Cómo podría un guerrero de luz ganar una batalla contra 50 hijos de la oscuridad en compañía de una mujer extremadamente poderosa, que acababa de perder la mitad de su fuerza dando a luz y un novato aprendiz, y que además debía cuidar a un bebé?, me sentí aterrorizado.

—¡No podemos permitir que lleguen a Helena!, Se sabe de la profecía, harán todo por matarla —exclamó, con una mirada firme y decidida. Con una fuerza renovada se puso en pie con la energía que un hijo puede darle a una madre, mi cabeza comenzó a pensar en mil escenarios, buscando una alternativa para que todos saliéramos con vida.

—No ganaremos una batalla uno a uno, es clara la diferencia de ejército, pero podemos ganar tiempo, los hijos de la oscuridad no se caracterizan por ser muy inteligentes,

Tanto Amelí como Sebastián me miraron dubitativos. En ese momento se abrió la puerta de golpe, entrando por ella una imponente criatura, mitad mujer y mitad caballo, con un pelaje brillante, negro, la piel oscura, un cuerpo escultural, cubierta por pieles y una larga cabellera organizada en diminutas trenzas. Era la Centáuride, jefa de la manada, Akiva, inspiraba un profundo respeto con solo verla.

—Ya casi están aquí, ¡Es momento de escapar!

Su voz era firme y solemne. Miraba directamente a mis dos superiores. Con timidez me aclaré la garganta.

—¿Contamos con la ayuda de los Centauros? —miré a Akiva. La Ceuntáuride me miró, como si tan insignificante criatura fuera merecedora de su atención. Tras unos minutos de analizarme, finalmente asintió.

—Bien, este es el plan: Los hijos de la oscuridad estarán seguros de que la bebé estará junto a Amelí, así mismo, todos saben que Sebastián dará la vida por ambas, debemos tomar esto como un punto a favor.

Sentí la mirada de todos sobre mí.

—Dejemos que crean que así será. Será una doble trampa.

Los miré sin saber si me entendían o no.

—Lo primero será sacar a Helena de aquí, de alguna manera debemos disimular su energía espiritual y hacerla invisible a los ojos de la oscuridad.

—Hay una caverna oculta tras las aguas de la Cascada Encantada. Nadie más que la manada conoce su localización, está protegida por magia antigua y el paso es permitido solo con la ofrenda de Sangre de Centauro, es una caverna muy profunda cuyo fin es desconocido, creo que sería una buena opción para esconder a la princesa —dijo la Centáuride. Asentí con firmeza.

—Akiva puede llevarse a Helena a las cavernas de manera silenciosa; mientras tanto, Amelí y Sebastián deben tomar el camino opuesto llevando el señuelo, les daré tiempo a ambos, protegeré esta puerta como si todos estuviesen adentro, en cuanto descubran que escaparon irán tras ustedes.

Miré fijamente a mis maestros, mi familia.

—¡No!, es muy arriesgado que te quedes solo custodiando la puerta.

—exclamó Amelí sumamente alterada y preocupada.

—Contará con el apoyo de la manada —dijo Akiva, de manera solemne.

—Formaremos una red de protección en torno a la cabaña.

Pasaron algunos minutos de silencio.

—Es un plan arriesgado, pero es el único que tenemos ahora —dijo Sebastián, Amelí negó rotundamente, con lágrimas en los ojos.

—Será momentáneo, en cuanto descubra que no estás adentro irá tras de ustedes, para entonces espero que ya estén lejos; si por algún motivo los alcanza, serán unos cuantos demonios, no un ejército, y Helena estará a salvo —susurré— Es arriesgado para todos, pero es el único plan que se me ocurre.

—Es nuestra única oportunidad —afirmó Akiva. Todos tenían la mirada puesta en Amelí, quien arrulló a su hija, la abrazó con ternura y pronunció unas palabras mágicas, estaba hechizando a la bebé para ocultar su esencia mágica.

—Bien, apuesto por ti —aceptó, mirándome fijamente—. Una vez que nos libremos de los hijos de la oscuridad, todos debemos volver a vernos en la caverna.

Fue, más que todo, una oración silenciosa a los cielos que mantenía viva la esperanza de que todos los presentes volviesen a verse.

ÍND

GUA

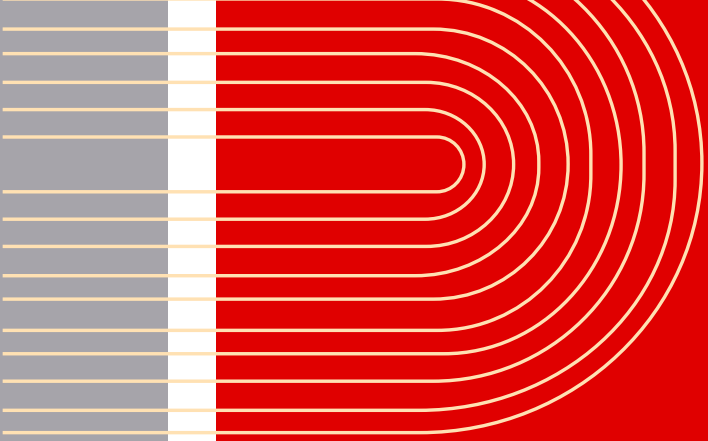
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



— FIN —



María Fernanda Tapia Izquierdo

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



URUGUAY



Rodrigo Tisnés

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Rodrigo Tisnés
(Uruguay, 1979)



Docente de Inglés y escritor uruguayo. En noviembre de 2014 fue publicada su primera novela "Jesús de Valizas", la cual fue re-editada en abril de 2016. En junio de 2018 obtuvo el 3er Premio en el IV Concurso Internacional de Cuentos con Humor "Alberto Cognini" (Córdoba, Argentina) Ha sido invitado y participado de diversas Ferias del Libro, tanto en Uruguay como en Argentina.

ÍND

GUA

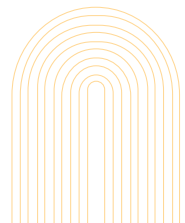
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





EL SÓTANO



Por aquellos días Borges era una persona común y corriente: contador público, soltero y de vida acomodada. Orillaba los 40 años. Tenía novia, varios amigos, una familia que lo quería, salud, un trabajo en el que era exitoso y un hermoso apartamento de un dormitorio en pleno barrio de Recoleta.

Sin embargo, desde hacía un tiempo algo lo estaba perturbando. Una extraña sensación, algo en su cabeza, una inaudita inquietud, como si un aguijón bien cebado le pinchara el cerebro: no podía dormir.

Lógicamente eso le provocaba estar de pésimo humor. Irascible, taciturno y distraído. Tal vez, lo peor de todo era la incapacidad de comunicar qué era lo que le sucedía. Ni su novia, ni sus amigos, ni su familia fueron capaces de entender qué le sucedía.

Fue así que un día (en realidad una de esas noches de insomnio) se le ocurrió que de repente el problema era la forma en que intentaba dormir. Hasta ese momento siempre le había gustado dormir sobre su costado izquierdo, con la cama situada bien al lado de la pared. Así era desde que tenía memoria.

Decidió, por tanto, que tenía que variar en algo, porque la costumbre -a través de esa serie de metódicas repeticiones realizadas con precisión matemática, noche tras noche-, había terminado por convertir al simple acto de dormir en un elaborado ritual de desidia. Esa misma noche intentó dormir sobre el costado derecho, luego cabeza arriba y por último cabeza abajo...

Fracasó con total éxito en cada intento.

Al día siguiente volvió más temprano de trabajar y cambió la cama de lugar, poniendo la cabecera contra la pared. Ese cambio lo hizo sentirse satisfecho. Incluso se asombró de que tan novedosa solución no se le hubiera ocurrido antes. Por un par de días el cambio pareció funcionar; pero finalmente, el insomnio terminó por volver.

Animado por su nueva perspectiva, esta vez decidió que debía adoptar una decisión más extrema: llevó su cama hasta el centro mismo de su habitación, alejada de las paredes; pero nuevamente el cambio dio frutos por poco tiempo. Tres días en este caso, antes de que volviera el maldito insomnio.

Decidió entonces que debía ir más allá, ser más trasgresor, romper definitivamente con todos los cánones y normas éticas y estéticas que se entienden como normales en la sociedad. Resuelto, sacó la cama de su cuarto y la colocó en el living. Sacó del living el sofá y la mesa ratona y los puso en su cuarto, donde antes estaba la cama. “¡Ahora sí!” —exclamó entusiasmado— “¡he arribado a la solución perfecta, ahora podré dormir a pata suelta, como antes!”.

Las opiniones, llegado este punto, no resultaban tan unánimes: él pensaba que era increíblemente original. Su novia, amigos y familia comenzaron a dudar seriamente de sus facultades mentales.

El cambio hubiera dado resultados dándole la razón a él, de no ser por el inevitable paso del tiempo. Cuando la primicia dejó de ser tal, luego de cuatro o cinco días, volvió el conocido insomnio.

Borges estaba ahora desesperado: la falta de sueño, la ira y la frustración que le provocaba esa situación estaba repercutiendo negativamente en su vida personal y profesional.

Por eso, una tarde, luego de haber tomado dos termos de mate y cinco tazas de café negro, decidió cortar con todo por lo sano. Tenía que romper con todos los límites que su mente y los prejuicios pacatos de la sociedad le imponían.

Destrozó su cama a hachazos, quemó el colchón y la almohada, volvió a poner el sofá en el living y puso su armario en el suelo, con las puertas hacia arriba. Había resuelto dormir ahí adentro, sin colchón ni almohada y con las puertas cerradas.

Ya estaba. Lo había logrado, ¡un éxito rotundo!

¿Pudo dormir de esa forma? Para nada. Más bien lo contrario... en vez de lograr dormir un breve momento cada noche, esta vez no pudo pegar un ojo durante cinco días consecutivos. La incomodidad de dormir dentro de un armario en el que entraba a duras penas, sin colchón ni almohada, mal ventilado y caluroso, le hizo imposible conciliar el sueño. Pero aun eso era mejor que el agobio de dormir apenas un par de horas las otras jornadas.

Lamentablemente no pensaron así ni su novia, ni sus amigos, ni su familia, que preocupados por el rumbo que había tomado todo aparecieron con aquellos médicos que se lo llevaron. No importaba los argumentos que decía, porque por más que él hablaba, sabía que su lenguaje era ininteligible para las personas comunes y corrientes.

Y él era más que una persona común: era un revolucionario hecho y derecho. Y se sabe que los revolucionarios ni duermen, ni comen, ni llegan a viejos.

Una vez allá, en aquella habitación de paredes mullidas donde lo hospedaron, con aquel pijama que le pusieron y después de cenar aquellas golosinas coloridas con agua, finalmente se durmió varios días de un tirón.

En ese preciso instante se despertó con un grito... estaba agitado, asustado, confundido.

—Mi amor, ¿estás bien? —Le preguntó su novia.

—Sí...sí —balbuceó—. Estaba soñando...

—Ssshhh... tranquilo. Debe haber sido una pesadilla.

—Sí. Seguro que fue eso, una pesadilla nomás. Pero fue tan vívida, tan real: era yo, estaba de novio contigo, vivíamos en una casa parecida a esta, pero con sutiles diferencias.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sé del todo, porque los detalles eran confusos, pero por ejemplo, en el sueño yo era Contador.

—¿Contador? ¿Tú? ¡Eso sí que es gracioso! Si odias los números y las cuentas —rio ella.

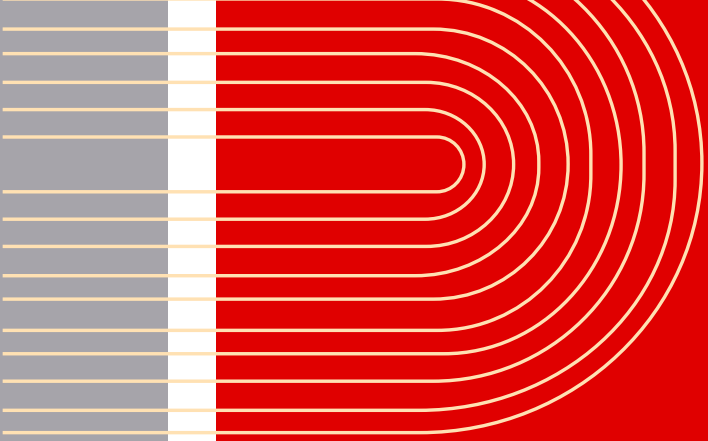
—Sí, sí lo sé... pero, no sé... por un momento se sintió tan real. Como si yo estuviera dentro de él y viceversa.

—Tranquilo. Ya pasó mi amor. Ven —le dijo, acercándolo a su rostro.

La besó. Se sentía aliviado de haber despertado. De seguir siendo él. De que todo hubiera sido un mal sueño. De estar al lado de su novia. Se sintió reanimado y eso le generó una repentina erección. Tomó una de las manos de ella y la llevó a su entrepierna.

Después de hacer el amor, Jorge Borges durmió plácidamente, feliz de que todo hubiese sido una simple pesadilla. mientras que en otro mundo paralelo, Borges dormía solo, en una habitación acolchonada: soñaba que dormía abrazado a su novia en un mundo donde el Sol salía por el Oeste y se ponía por el Este, y él, en vez de ser un Contador, era Inspector Municipal de Aves de Corral.

Y mientras estos dos Borges dormían, otro Borges, acostado sobre el piso de baldosas del sótano de una casona vieja, los observó a los dos y a muchas otras versiones de sí mismo, reflejados en una pequeña esfera que contenía todos los puntos de todos los universos posibles.



ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

FIN



Rodrigo Tisnés

ARGENTINA



Sonia Amalia Vargas

ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG



Sonia Amalia Vargas

(Argentina, Primavera de 1973)



Socióloga, latinoamericanista y feminista. Publicó en 2012: “¡Basta! Cien mujeres contra la violencia de género”. En proceso de aprendizaje de escrituras creativas y necesarias.

ÍND

GUA

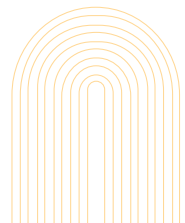
MÉX

COL

BOL

UY

ARG





EL OLOR DE LA MEMORIA



Julia aprendió a reconocer los embriagadores olores que dieron sentido a su niñez alegre, feliz y amada: el apio verde en el puchero de los lunes; bifes invasivos, disimulados con cáscaras de naranjas; la planta de burro, persistente en el patio de los abuelos maternos; el amoníaco de los bizcochos de la abuela paterna; el anís “8 hermanos” del aparador; el café de las mañanas; la jalea de membrillo que hervía y hervía; el té Chai de los inviernos; las pizzas amasadas los sábados por la noche; el vino tinto en jarra de los domingos; el olor de la almohada de papá tranquilizando el sueño y el perfume del cuello de mamá acurrucando la vida.

Hasta el preciso día que Julia conoció y enfrentó ese amasijo de humo, piel, encierro y algo siempre rancio, un vaho denso en la penumbra del más allá, un puñetazo potente, directo e innegociable a la cabeza y a las entrañas de la niña que fue, tuvo una arcada, pero reaccionó rápido, respirando corto y lento, quedándose más en exhalar que en inhalar, tratando a la vez de relajar el tubo gástrico y bloquear el aire. Era asco puro y atávico, casi ancestral, algo reconocido en la memoria de otros tiempos; como si alguna vez hubiera habitado esa

pestilencia de humo, piel, encierro y algo siempre rancio: OLOR A POBRE. Así como un grito y en mayúscula. Nunca olvidó ese día y aprendió que la pobreza huele igual aquí o allá.

Agustín lo evitaba siempre que podía, pero por razones de seguridad acompañó a Julia, su hija, al barrio en el que a veces trabajaba. No sabía bien por qué, pero se sentía en guardia, intranquilo. Se paró detrás de su hija y de frente a la casa de ladrillos, plásticos y chapa. La puerta enclenque se abrió de repente y expulsó ese hedor, bálsamo y esencia que conocía, acompañado de moscas y niños. Casi sin conciencia, activó la respiración para enfrentar los miedos, se alejó unos metros a respirar conteniendo la arcada e inhalando el humo del tabaco rubio que siempre lo ayudaba a escapar hacia otros infiernos.

Agustín, que sabía de hambres y carencias, le heredaría a Julia pocos bienes y muchas compulsiones: el café, el tabaco, los viajes, el sonambulismo de todos los veranos y un respetuoso pánico eterno a ese olor a pobres de infiernos pasados.

Padre e hija, juntos, nunca fueron pobres. Ella y él nunca supieron a qué olían los ricos.

ÍND

GUA

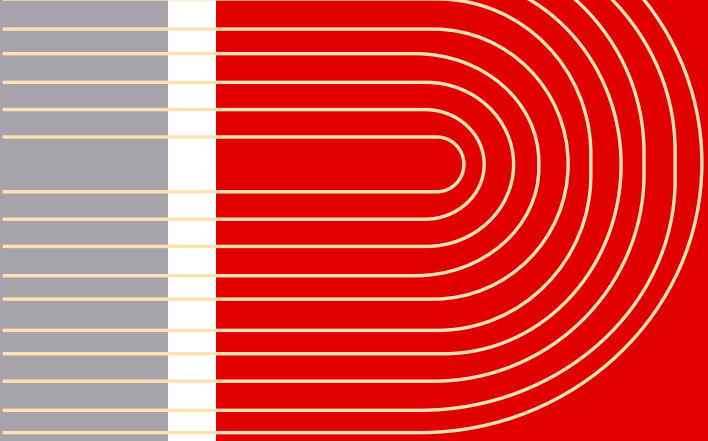
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



FIN



Sonia Amalia Vargas

ÍND

GUA

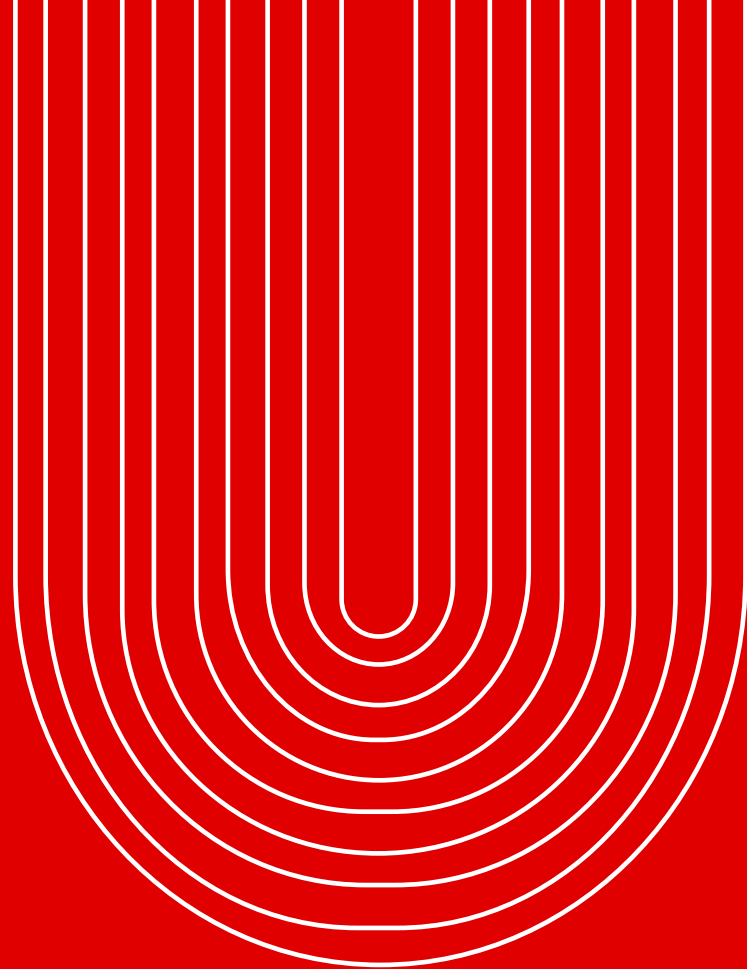
MÉX

COL

BOL

UY

ARG



ÍND

GUA

MÉX

COL

BOL

UY

ARG

